

# POLIBIO Y LA GEOGRAFÍA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA: LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESPACIO POLÍTICO\*

Gonzalo Cruz-Andreotti  
Universidad de Málaga.

## 1. A modo de introducción: historia, geografía, tradición y realidad peninsular en Polibio.

La concepción de la geografía como un aspecto determinante -en algunos casos- de cara a explicar la identidad de una ciudad o una comunidad en un momento y lugar dados toma cuerpo definitivamente cuando, sobre todo a partir del siglo IV a.C., se necesita entender y analizar la diversidad política del Mediterráneo percibido, a la vez, como una realidad compleja y múltiple pero interrelacionada. No obstante, tendremos que esperar a la época augustea para que esta idea, que aparece en las obras de los más importantes historiadores y geógrafos, termine por cuajar con Estrabón en torno a un diseño disciplinar que pretende canonizar un *corpus* de tradición, un método de trabajo y análisis y una finalidad ideológico-política precisa y explícita (STR. I 1.21-22)<sup>1</sup>. Que este autor eleve a la Geografía a la categoría de la Filosofía (en I 1.1) es, además de un ejercicio de autocomplacencia, la constatación más clara de que aquélla se entiende como un instrumento esencial para que el hombre de gobierno y culto logre conocer los diversos efectos que componen la interacción entre el medio físico y la acción humana sobre aquél e, igualmente, para que adquiera experiencia en la gestión de los asuntos públicos y la sabiduría (“buen juicio” diría Estrabón –I 1.16 C 9-) para moverse por todos los aspectos de la vida (*vid.* STR. I 1.18 a 22). Recuérdese la conocida queja de Cicerón (*De or.* 1.59) por no poder escribir una Geografía<sup>2</sup>.

Para que esta percepción de la geografía haya ido impregnando la práctica intelectual en campos muy diversos se ha tenido que recorrer un largo camino. En éste han cumplido un papel esencial las Bibliotecas como centros de acumulación, revisión y

---

\* Hemos usado –con correcciones- la traducción de Manuel Balasch (Madrid: Gredos, 1981; 1983). Todas las referencias sin mención de autor son de Polibio; para otros autores se especifica. Para las localizaciones y menciones geográficas nos remitimos al mapa adjunto (**fig. 1**) y al esquema de Pédech (**fig. 2**) e, igualmente, a la reconstrucción de la Península Ibérica según lo conservado en Polibio realizada por Pierre Moret en la presente publicación, al que agradecemos sinceramente el habérsola facilitado (**fig. 3**).

<sup>1</sup> F. Prontera, "Prima di Strabone: materiali per uno studio della Geografia antica come genere letterario", en: ID. (ed.), *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, I, Perugia 1984, pp. 189-259.

<sup>2</sup> Sólo hasta épocas muy recientes se ha tenido una idea abstracta del espacio separada del tiempo; los antiguos, por el contrario, entendían ambos como experiencias humanas y, por tanto, históricas. Véase desde este punto de vista cualitativo a P. Janni, "Il mondo della qualità. Appunti per un capitolo di Storia del pensiero geografico", *Annali dell'Istituto Orientale di Napoli* 33 y 35, 1973 y 1975, pp. 445-500 y 145-178 respectivamente; y, últimamente, el sugerente capítulo I del *Between Geography and History. Hellenistic Constructions of the Roman World*, Oxford 1999, de K. Clarke.

perpetuación del saber<sup>3</sup> y, dentro de ellas, la consolidación de la cartografía como el instrumento central de simplificación y rectificación de la tradición, a partir de la información (mayormente itineraria) que continuamente se iba recibiendo sobre las distancias y las dimensiones de continentes, regiones o países<sup>4</sup>. Pero, sobre todo, han sido las circunstancias históricas –primero los imperios alejandrinos; después la expansión romana– las que han ido obligando una mayor presencia de la explicación geográfica, y a la progresiva incardinación de aquélla dentro del conjunto de causalidades que una historia universal estaba necesitando.

En este ambiente intelectual –por fuerza simplificado– es en el que debemos entender la geografía polibiana. En unas circunstancias históricas vertiginosamente cambiantes, sobre todo tras la Segunda Guerra Púnica, Polibio se plantea una Historia Universal en la que, a diferencia de tentativas anteriores, es efectivamente intuido (aunque no aprehendido con todas sus consecuencias) que se camina de manera irremediable hacia el imperio ecuménico, con todo lo que eso significa de ruptura y continuidad con la tradición política precedente para el mundo griego<sup>5</sup>. No pensamos que descubrimos nada nuevo en relación con la Historia polibiana, pero es bien cierto que ello tiene unas importantes consecuencias en la práctica geográfica, tanto metodológica como conceptualmente. Polibio, está claro, no es un geógrafo en el sentido que definiríamos a Eratóstenes o Estrabón. Es ante todo un historiador que, por las propias circunstancias históricas e historiográficas del momento, pretende enfrentarse a la necesidad de renovación de la disciplina; pero precisamente por y en razón de ello debe acometer necesariamente la revisión de la geografía elaborada hasta el presente, tanto para entender –de manera inmediata– el suceso militar y describir los nuevos territorios en fase de conquista<sup>6</sup>, como

---

<sup>3</sup> Para la importancia de la Biblioteca *vid.* de Ch. Jacob, “La bibliothèque, la carte et le traité. Les formes de l’accumulation du savoir à Alexandrie”, en: G. Argoud - J.Y. Guillaumin (eds.), *Sciences exactes et sciences appliquées à Alexandrie (IIIe siècle av. J.-C-Ier siècle ap. J.-C). Actes du Coll. Inter. de Saint-Étienne (6-8 juin 1996)*, Saint-Étienne 1996, pp. 19-37.

<sup>4</sup> Ch. Jacob, “Inscrivere la terra abitata su una tavoletta. Riflessioni sulla funzione delle carte geografiche nell’antica grecia”, en: M. Detienne (ed.), *Sapere e Scrittura in Grecia*, Roma-Bari 1989, pp. 151-178. Una síntesis exhaustiva sobre todo el conjunto de problemas de la cartografía antigua en la tesis de P. Arnaud, *La cartographie à Rome*, Lille 1990, especialmente el Tomo II: *Lire et tracer des cartes. Usages et conventions cartographiques* y P. Janni, *La Mappa e il Periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984.

<sup>5</sup> *Vid.*, por ejemplo, III 1.4-5, dónde el término es explícito  $\gamma\nu\omega\rho\iota\zeta\mu\epsilon\nu\alpha\ \mu\epsilon\zeta\eta\ \theta\eta=j\ \omicron\iota\kappa\omicron\upsilon\mu\epsilon\zeta\eta\eta\eta$ . Para ello *vid.* J.-L. Ferrary, *Philhellénisme et Impérialisme. Aspects idéologiques de la conquête romaine du monde hellénistique*, Roma 1988, pp. 265-72. En general sobre la historia universal como método de explicación, más allá de las cuestiones formales, *vid.* P. Pédech, *La méthode historique de Polybe*, Paris 1964, pp. 496 ss.

<sup>6</sup> V 21.4-10: «Para evitar que el desconocimiento de estas regiones convierta mi narración en algo vago e impreciso, se debe explicar su naturaleza y su configuración ( $\phi\upsilon\zeta\sigma\iota\gamma\ \kappa\alpha\iota\ \tau\alpha\zeta\chi\iota\gamma$ ). Esto es lo que pretendemos hacer a lo largo de toda la obra: unir y establecer como un paralelo ( $\sigma\upsilon\nu\alpha\zeta\pi\tau\omega\ \kappa\alpha\iota\ \sigma\upsilon\nu\omicron\iota\kappa\epsilon\iota\omicron/w$ ) entre los lugares desconocidos y los que tradicionalmente nos son familiares. La diversidad de los accidentes geográficos son causa de las derrotas en la mayoría de las batallas, tanto terrestres como marítimas; por otro lado, lo que todos deseamos saber no es tanto lo que ocurrió, sino cómo ocurrió. De manera que no se debe descuidar la descripción de los lugares en ninguna acción, y mucho menos bélica; ni hay que ser remiso en

para explicar –a más largo plazo- la situación de la ecúmene liderada por Roma y la “topografía” de un nuevo espacio político alrededor de la centralidad mediterránea y romana<sup>7</sup>.

Así se explica que, dentro de la estructura de la obra, podríamos definir la inclusión de la argumentación o la descripción geográfica como siguiendo una estructura arquitectónica: en la medida en que aquélla va apareciendo siempre que el relato histórico le exige ir encuadrándolo en un contexto geográfico o etnográfico determinado, el lector va construyéndose el marco descriptivo o causal que en cada ocasión se requiere hasta completar las piezas del rompecabezas y la estructura del edificio, sobre todo para un occidente que se presenta para griegos y romanos como una tierra completamente desconocida hasta que precisamente él la ‘descubre’<sup>8</sup>. Por ejemplo, si la definición de Sicilia en relación a Italia y al Peloponeso griego (I 41.7-42) precede a los sucesos de la Primera Guerra Púnica, la descripción de Italia y de la Galia Cisalpina (II 14 a 16) antecede al largo relato de los precedentes del enfrentamiento galo-romano, y antes de la guerra anibálica (el verdadero comienzo de la obra) se ve obligado a realizar un pequeño excursus sobre la dimensión y el reparto continental en la ecúmene para, a renglón seguido, ubicar a Europa y delinear la costa ibérica y gala (III 36 a 38), precisamente el camino que iría a recorrer Aníbal<sup>9</sup>. De esta forma, los territorios regionales, peninsulares o costeros ad-

---

tomar como puntos de referencia (o marcas = *shmei=on*) puertos, mares o islas, o, a su vez, de otro modo, templos, montañas, regiones o topónimos, y, finalmente, los puntos cardinales, pues éstos son lo más familiar a los hombres. En efecto, sólo así es posible proporcionar a los lectores un conocimiento de lo que de otro modo ignorarían. Es algo que ya declaramos más arriba». *Vid.* Clarke, *o.c.* n. 2, pp. 79-97 para la geografía topográfica y el peso del condicionamiento natural en la Historia polibiana.

<sup>7</sup> En I 4 desarrolla una comparación entre la capacidad sintética y comprensiva de la historia universal y de la cartografía ecuménica, que articula en torno a un todo causal un conjunto de partes, frente a las historias locales o las descripciones particulares de las ciudades o regiones, que -igual que si contempláramos por separado las partes de un cuerpo humano- es imposible que capten la totalidad (confróntese, por ejemplo, con la conocida cita estraboniana –I 1.23- donde se equipara la geografía con la contemplación de una estatua colosal, que sólo puede verse en su totalidad). K. Clarke (*o.c.* n. 2, pp. 81-97) plantea, acertadamente a nuestro juicio, que la Geografía para Polibio tiene una naturaleza estructural, es una parte (me/roj) de la Historia –III 58.1; XII 25e.1-, no siendo simples excursus tal como habitualmente se la consideraba siguiendo a Walbank. Muy al contrario: la geografía ecuménica está directamente relacionada con el proyecto consciente de Roma –tras Zama- por dominar la ecúmene mediterránea, aunque como un proceso progresivo de adición de partes (*ibid.*, pp. 114 ss.); desde un similar planteamiento *vid.* también G. Schepens, “Between Utopianism and Hegemony. Some reflections on the Limits of political Ecumenism in the Graeco-Roman World”, en: L.A. Foresti - A. Barzano - C. Bearzot - L. Prandi - G. Zecchini (eds.), *L’Ecumenismo politico nella coscienza dell’Occidente*. Vol. II. *Alle radici della casa comune Europea*. (*Atti del Convegno di Bergamo, 18-21 settembre di 1995*), Roma 1998, pp. 135-42 y J.-G. Texier, “Polybe Géographe”, *DHA* 2, 1976, pp. 395-411, particularmente 398-400. Para el diverso papel del mediterráneo como articulador del discurso espacial en el conjunto del pensamiento histórico heleno desde época arcaica hasta que adquiere su plena centralidad con Roma *vid.* F. Prontera, “Il Mediterraneo come quadro della storia greca”, en: S. Settis (ed.), *I Greci. Storia. Cultura. Arte. Società*, Vol. 2.1, Torino 1996, pp. 25-45.

<sup>8</sup> *Vid. cit.* n. 6.

<sup>9</sup> Habría mucho que decir sobre este conjunto de agrupaciones cartográficas que, jugando con la combinación de triángulos, van encaminadas en última instancia a legitimar como defensiva y natural la hegemonía romana sobre la península italiana y la isla contigua (*cf.* **Apartado 4** *infra*). Para estos y otros temas de la geografía polibiana nos remitimos a nuestro trabajo en prensa *La geografía en Polibio: una revisión*.

quieren entidad con la presencia romana, que es el que los dota de naturaleza histórica y justifica su redelineación cartográfica.

El edificio se cerraría con el conocido Libro XXXIV. Éste se explica no sólo por consideraciones de organización de la obra –dejar para el final las cuestiones colaterales (III 57.1-6)-, sino también por su propio interés en revisar el corpus geográfico precedente, habida cuenta de que la situación del conocimiento geográfico ha cambiado substancialmente, cerrándose con Roma y la expansión occidental el ciclo iniciado por Alejandro con la oriental<sup>10</sup>. Significaría poner sobre la mesa todo el conjunto de polémicas precedentes (desde el valor de Homero como geógrafo hasta la habitabilidad del ecuador), revisar las mediciones erastoténicas y re-describir los territorios a partir de nuevos y definitivos datos, de manera que se puedan poner las bases de una nueva geografía fundamentada en la autopsía, una nueva topografía<sup>11</sup>. Una geografía esta que se limita a lo fundamental, no se excede en disquisiciones teóricas y no distrae al lector con "genealogías, fundaciones, mitos..." (*vid.* IX 2.1 y 4-6 o XII 25h y 26d.). Una geografía, además, didáctica y útil, comprensible para el lector medio que no está acostumbrado al uso de conceptos muy especializados ni al manejo de mapas<sup>12</sup>. Una geografía histórica de este tipo, en suma, sólo la pueden desarrollar aquellos que, además de haber estudiado los precedentes, conocen la realidad geográfica, política y militar sobre el terreno, y no los historiadores de gabinete que usan (y abusan) del saber enciclopédico y bibliográfico (XII 25g.1-3; 26d.1 a 4 referido especialmente a Timeo). De la misma manera que el historiador debe acumular para sí experiencia política, militar, etc., también el geógrafo debe ser ante todo explorador y viajero (III 59)<sup>13</sup>.

---

<sup>10</sup> III 58 y 59: en las circunstancias actuales, tras la expansión de los reinos helenísticos por el interior asiático y la acción romana en occidente, el conocimiento no sólo es posible, sino sobre todo un deber inexcusable para todos aquellos que como él se dedican a la investigación histórica; para ello no sólo hay que informarse adecuadamente sino también asumir los riesgos del viaje por las zonas recién conquistadas (en su caso Libia, Iberia, Galia y el Mar Exterior). Esta voluntad de geógrafo polemista en relación a la situación de desconocimiento generalizado que se tenía en los momentos anteriores a la conquista romana ya es destacada como un factor central por G. Zecchini ("Teoria e prassi del viaggio in Polibio", en: G. Camassa - S. Fasce (eds.), *Idea e realtà del viaggio. Il viaggio nel mondo antico*, Genova 1991, p. 112).

<sup>11</sup> Para la terminología polibiana de la geografía como topografía *vid.* P. Pédech, *La géographie des Grecs*, Paris, 1976, pp. 5-6. Para la geografía física en Polibio nos remitimos a Pédech, *o.c.* n. 5, pp. 591 ss. y a la obra citada de K. Clarke. En general, F.J. Gómez Espelosín, *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Madrid 2000, pp. 236-39.

<sup>12</sup> Y que, por ello, se debe buscar un sistema de códigos que faciliten al lector la recreación mental del mapa, ya sea a través de formas geométricas como figuradas, ya sea con el uso frecuente de la analogía y la comparación «...presentar algún método (τροζποζ) que posibilite a los que hablan de lugares desconocidos llevar a sus oyentes, en la medida de lo posible, a nociones verdaderas y conocidas» (en III 36.1-5).

<sup>13</sup> Esa es, en opinión de Zecchini (a.c. n. 10, p. 116), una de las claves de la renovación metodológica polibiana en lo que a la geografía se refiere. Para Polibio y el ambiente científico de su época *vid.* P. Pédech, "La culture de Polybe et la science de son temps", en: *Polybe. Entretiens de la Fondation Hardt*. XX, Geneve 1974, pp. 41-60. Evidentemente, la geografía es también un argumento más para que Polibio arremeta desde su concepción de la "historia pragmática", aquella que atiende a los hechos memorables y útiles para el hombre de gobierno, contra toda aquella "historia trágica" que únicamente se fija –según él– en lo anecdótico y superficial buscando impresionar al lector. Me remito para profundizar en esta 'dico-

Será en este marco, general y particular, en el que debemos encuadrar la información geográfica polibiana sobre la Península Ibérica. Hasta ahora, como sabemos, ésta se había presentado geográficamente de manera parcial e imprecisa, hasta por lo menos los primeros ensayos de aproximación global (básicamente cartográfica) de un Eratóstenes que, dando crédito a Píteas, había completado la delineación de la vertiente atlántica de la península<sup>14</sup>. Polibio sabe que el conocimiento del extremo occidente había sido campo abonado para el desarrollo de mitos y leyendas asociadas a Heracles o para la localización de la saga homérica en su suelo, y, a lo sumo, el interés por éste se había centrado en la localización de las columnas como extremo occidental de la ecúmene, en algunos detalles atribuidos al origen de la colonización griega por aquella zona y su asociación con sagas heroicas, o en pequeñas alusiones a etnias costeras (*cf.* III 57.2-4). Todo el interior y la costa atlántica, por el contrario, tanto en su definición cartográfica como étnica, era totalmente desconocida, y lo poco que podía decirse era más resultado de la especulación intelectual que del conocimiento veraz y contrastado<sup>15</sup>.

Frente a esta herencia, que Polibio considera incompleta por las propias dificultades de los investigadores anteriores para documentarse *in situ* (aunque reconoce su mérito -III 58 y 59.1-2-)<sup>16</sup>, nuestro autor se proclama el verdadero descubridor de la geografía ibé-

---

tomía' a lo dicho en estas páginas por J.M<sup>a</sup> Candau-Morón y a su trabajo reciete "La historia como espectáculo. Sobre algunas tendencias de la historiografía helenística", en: A. Pérez Jiménez - G. Cruz Andreotti (eds.), *La Verdad Tamizada. Cronistas, Reporteros e Historiadores ante su Público*, Madrid-Málaga 2001, pp. 69-86 con múltiples referencias a la posición de Polibio.

<sup>14</sup> Precisamente será con ambos (y no con la tradición anterior) con quien Polibio discuta la forma, la delineación y las características generales de la Península Ibérica en el Libro XXXIV. Para el Director de la Biblioteca de Alejandría sigue siendo fundamental la obra clásica de A. Thalamas, *La géographie d'Eratosthène*, Paris 1921. Para los cambios de la cartografía helenística *vid.* Ch. Jacob, "La Geografía", en: G. Cambiano - L. Canfora - D. Lanza (dirs.), *Lo Spazio Letterario della Grecia Antica*. Vol. I. *La Produzione e la Circolazione del Testo*. 2. *L'Ellenismo*, Roma 1993, pp. 393-430.

<sup>15</sup> Son las críticas a la generalización excesiva sobre la Céltica que se le hacen tanto a Éforo como a Eratóstenes por parte de Estrabón (II 4.4 y IV 4.6), y tomadas posiblemente de Polibio. Este último se siente especialmente heredero de Éforo (en V 33.1-2; XXXIV 1.1-2) en la necesidad de contemplar la geografía como un condicionante a tener en cuenta para el análisis de los avatares históricos, aunque le critica a éste que su resultado es excesivamente diverso y disperso -en XXXIV 1.1-5-, sin una línea-fuerza única y homogénea (*vid.* J.M<sup>a</sup>. Candau, "El concepto de Historia Universal en Éforo y el Polibio", en: *Actas del VIº Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. II, Madrid 1983, pp. 325-329). Para todo lo referente a la geografía peninsular desde época arcaica puede verse nuestro trabajo "El diseño de un espacio político: el ejemplo de la Península Ibérica", en: A. Pérez Jiménez - G. Cruz Andreotti (eds.), *Los Límites de la Tierra: El espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid 1997, pp. 107-145, además de la obra general de F.J. Gómez Espelósín - A. Pérez Largacha - M. Vallejo Girvés, *La imagen de España en la Antigüedad clásica*, Madrid 1995, especialmente pp. 73-108. Igualmente F. Prontera, "L'Estremo Occidente nella concezione geografica dei Greci", en: *La Magna Grecia e il lontano Occidente. Atti del ventinovesimo convegno di studi sulla Magna Grecia. Taranto, 6-11 ottobre 1989*, Taranto 1990, pp. 55-82 y recientemente L. Antonelli, *I Greci Oltre Gibilterra. Rappresentazioni mitiche dell'estremo occidente e navigazioni commerciali nello spazio atlantico fra VIII e IV secolo a.C.*, Roma 1997, *passim*.

<sup>16</sup> No obstante, para Polibio es relativamente cómodo y fácil sentirse heredero de Tucídides o Éforo (V 33.1-2; XXXIV 1.1-2) sencillamente porque éstos no hablan del tema del ascenso de Roma; no así Timeo, el primero que, entre otras cosas, abre al conocimiento de los griegos la incipiente importancia de la ciudad del Tiber en los asuntos occidentales (*vid.* J. Geffcken, *Timaio's Geographie des Westens*, Berlin 1892, p. 177; A. Momigliano, "Atenas en el siglo III a.C. y el descubrimiento de Roma en las historias de Timeo de

rica, el primero que partiendo de la *autopsía*, la investigación oral y personal y la confrontación de informaciones directas puede aportarnos una visión completa, veraz y útil y, lo que es más importante, integrar la compleja realidad peninsular dentro de la dinámica mediterránea, lo que le da un nuevo y definitivo sentido histórico (III 59.3-8). No parece casual que el comienzo del Libro XXXIV esté dedicado a revisar la opinión generalizada de colocar el periplo de Odiseo en el extremo occidente. Ubicarlo, por el contrario, y tal como se esfuerza en demostrar Polibio, en el mar Tirreno y Sículo, significaría desmitificar definitivamente los límites de la ecúmene, lo que refuerza más si cabe su papel de descubridor de un territorio virgen.

Porque, no lo olvidemos, la incorporación de occidente al conjunto de sucesos mediterráneos será una de las claves de la historia polibiana. Occidente en general, y la Península Ibérica en particular, es el teatro de operaciones iniciático de la gran personalidad heroica de la Historia: Escipión<sup>17</sup>. Pero es, igualmente, el lugar en el que Roma, con la victoria sobre Cartago, da conscientemente el paso más significativo hacia la constitución del Imperio ecuménico, que no se entendería -además de su fortaleza constitucional- sin sus bases occidentales (itálicas, hispanas y africanas)<sup>18</sup>. Y constituye, en última instancia, también el campo de experimentación de una práctica geográfica que supere el modelo herodoteo a partir de la efectiva aplicación de la *autopsía*. La geografía sobre occidente es, por ello, algo más que la consecuencia más clara de su corrección a Éforo o su polémica con Timeo. Es también por parte de Polibio un reto metodológico (que corre paralelo a su revisión historiográfica) y, sobre todo, histórico en tanto que espacio donde se hace realidad no sólo la capacidad militar romana sino, a posteriori, la práctica de la dominación y administración de un territorio antaño bárbaro. Y esta es, potencialmente, una de las virtudes del conocimiento geográfico.

---

Tauromenio", en: *La Historiografía griega*, Barcelona 1984, especialmente pp. 51-3); a pesar de los silencios polibianos, es sabido el uso polémico que hace de Timeo así como también de Éforo, en el que presumiblemente encontraríamos una ordenación y actualización de pueblos y ciudades de la costa hispana siguiendo el criterio del grado de contacto con los colonizadores mediterráneos (*vid.* nuestro a.c. n. 15, especialmente pp. 130-33 y J. Forderer, *Ephoros und Strabon*, Diss, Tübingen 1913, especialmente pp. 2-10). Véase, en extenso, lo dicho por el Dr. J.M<sup>a</sup> Candau en estas mismas páginas.

<sup>17</sup> Para el papel de Escipión me remito a la síntesis expuesta por la colega Elena Torregaray en este mismo volumen.

<sup>18</sup> En XV 8.1-5 y 9.1-5 Polibio expone en boca de Escipión con total claridad que, una vez traspasados los espacios naturales de cada uno (Libia para Cartago; Italia para Roma), la lucha por el imperio universal era inevitable. Dominio universal que se legitima tanto por la responsabilidad inicial (evidentemente púnica) y la victoria militar (romana), como por el comportamiento moral durante y después del conflicto bélico (*vid.* para esto último III 4.4-12). Ya en su momento G. Zecchini ("Polibio, la storiografia ellenistica e l'Europa", en: M. Sordi (ed.), *L'Europa nel Mondo Antico*, CISA 12, Milano 1986, pp.124-134.) destacó que la sobrevaloración de Europa en Polibio hay leerla en clave interna romana: con la conquista de occidente por parte de Escipión, Europa ha alcanzado su contorno definitivo y se ha hecho realidad el ideal de confluencia mediterránea que pretendía acaparar para sí la propaganda macedónica. De ahí la necesidad, prosigue Zecchini, de una geografía y una etnografía que marque la diferencia entre el antes y el ahora.

Nuestra intención será, por tanto, procurar reconstruir y analizar a nivel global la imagen de la Península Ibérica de Polibio en el marco del pensamiento geográfico del momento y en el contexto de una historia universal metodológica y conceptualmente novedosa. Pretendemos ofrecer una explicación coherente del conjunto de datos, muchos de ellos fragmentarios, sobre la situación de la Península en los cruciales primeros decenios del siglo II a.C. Por todo lo dicho, la exposición no tiene por menos que atenerse a la diacronía de sus *Historias*, aún siendo conscientes que la obra polibiana pasa por distintas revisiones hasta su redacción final, consecuencia de su ampliación hasta el 146 a.C. con la caída de Cartago y Corinto e, igualmente, con los acontecimientos celtibéricos. Su geografía está, obviamente, inmersa en un contexto de conquista en varias fases y, finalmente, con una recapitulación final en el Libro XXXIV. De esta manera el resultado será evidentemente dinámico, cambiante, que va construyéndose a medida que los ejércitos avanzan y consolidan posiciones<sup>19</sup>.

## 2. De la Iberia mítica al espacio de conquista.

En comparación con la tradición secular sobre la Península Ibérica, Polibio propone un método novedoso en el tratamiento de la realidad extremo occidental: la geografía que interesa es, primeramente, aquélla que explica los sucesos militares, y su contenido será fundamentalmente topográfico; en un segundo lugar, como ya apuntamos (*vid.* III 59 *supra*), se tratarán todos aquellos temas que, siendo accesorios, nos ayudan a caracterizar geográfica, étnica e históricamente los territorios conquistados, una vez introducidas las actualizaciones pertinentes en el mapa. En consecuencia, al uso de fuentes que conocen los lugares de primera mano, hay que acompañarlo de la investigación personal, así como el contraste de la opinión y la experiencia de los principales protagonistas. En su caso, al reconocimiento explícito del uso de Sileno, Sósilo o Fabio Píctor para los asuntos de la Segunda Guerra Púnica (III 13.5 y 14.8; 20.5 y 8.1 respectivamente), hay que añadirle la consulta de la correspondencia privada de los escipiones (X 9.3.; XXI 8 y XXIX 14.3), las entrevistas con testigos oculares (III 48.12), el viaje que realizó con aquél en la campaña de Lúculo del 151 a.C., lo que le llevaría a tierras levantinas, meridionales y del interior hasta presumiblemente Lusitania (III 59; IX 25.4)<sup>20</sup>, junto con la investigación sobre documentación original, como el caso de los Tratados romano-cartagineses (III 22 ss.) o la conocida *tabula* del cabo Lacinio, donde se enumeraban las tropas, en su mayoría de origen hispano, que llevo Aníbal a Italia (III 33.18). Un *corpus* documental novedoso y variado, con una cronología correspondiente a una realidad de la primera mitad del siglo II a.C., donde lo que interesa es la información política, geográfica y etnográfica de

---

<sup>19</sup> Esta estructura de la geografía ibérica de Polibio subordinada al avance de Roma que, de esta forma, condiciona la organización de la información ya fue intuida por un antiguo trabajo de J. Martínez Gázquez, "Limitaciones del concepto de Iberia en Polibio", en: *Actas del Vº Congreso español de Estudios Clásicos*, Madrid 1978, pp. 803-808.

<sup>20</sup> Seguimos a Pédech, *o.c.* n. 5, pp. 555-60. Recientemente Zecchini, *o.c.* n.10, pp. 129-132.

aplicación militar, con pocas concesiones a la anécdota o la curiosidad, y que Polibio, no obstante, usa según sus intereses historiográficos y geográficos.

Desde su punto de vista histórico, y en los albores del encuentro entre romanos y cartagineses en tierras peninsulares, Iberia se limita al área costera mediterránea entre las Columnas y los Pirineos (III 37.10)<sup>21</sup>. El resto "no posee una denominación común porque ha sido explorada sólo recientemente y está habitada en su totalidad por tribus bárbaras muy numerosas", como afirma explícitamente (III 36.11)<sup>22</sup>. Como ya dejaron patentes en dos esclarecedores trabajos P. Jacob<sup>23</sup> y A.J. Domínguez Monedero<sup>24</sup>, Polibio es heredero y asume en parte una concepción de Iberia en sentido amplio (¿vía Ps. Escilax?) –nunca peninsular-, identificable con toda la costa mediterránea, que coexistirá con una Iberia / iberos en sentido restringido (la de Hecateo, Heródoto, Avieno, Éforo, Ps. Escimno o Asclepiades), localizable aproximadamente en torno al Júcar (aunque también en torno al Tinto), en la que un originario hidrónimo (\**Iber* o río) -muy extendido en toda la costa- termina por definir un pueblo (en tanto que habitantes de las riberas de un río concreto) y de ahí a un territorio o a una comunidad<sup>25</sup>. En uno u otro caso, hasta Polibio se

---

<sup>21</sup> Inmediatamente después (en III 39.4) incide en ello al afirmar que "En esta época...(...e)n touçtoij toi=j kairoi=j) los cartagineses se habían apoderado de toda Iberia hasta el promontorio que en el mar mediterráneo es el final de los Pirineos; montes que separan a los iberos de los galos". Aunque el término (a/(paj jiberiçaj) pueda hacer pensar que Polibio está hablando de la totalidad de la península, tanto la afirmación anterior (III 36.11) -de contemporaneidad inequívoca- como el contexto expositivo inmediato (descripción del conjunto de la franja costera) hacen pensar que, para estos momentos, Polibio está pensando en la franja mediterránea (contra P. Moret, *Les fortifications ibériques. De la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine*, Madrid 1996, p. 15, que piensa que en III 39.4 tenemos la primera identificación de Hispania-Iberia como totalidad peninsular). Otra cosa será en el libro XXXIV o que argumentemos que esta afirmación es resultado de una redacción a posteriori, cuando Roma está incidiendo sobre ese interior que antes era "inominado" (vid. n. 22, *infra*).

<sup>22</sup> Es muy posible que el Libro III, en sus aspectos geográficos, haya sido revisado a la luz de los viajes de Polibio a la Península y de la redacción del Libro XXXIV; de hecho es aquí cuando introduce el excursus geográfico general (III 37 y 38) y la cuña que reenvía al lector a un Libro posterior (III 57.1-6); no obstante el peso de lo histórico se impone con una descripción diacrónica. A pesar de ello, hay quien piensa que la referencia a las "exploraciones recientes" no se refiere tanto al resultado de las guerras celtíbero-lusitanas, cuanto al viaje a Callaicia de D. Bruto en 138-37 a.C. (Pédech, *o.c.* n. 5, p. 580; Zecchini, *a.c.* n.10, p. 124 y n. 48).

<sup>23</sup> "L'Ebre de Jérôme Carcopino", *Gerión* 6, 1988, especialmente pp. 190-206 (y pp. 205-6 para Polibio). Una síntesis de la evolución del ámbito de Iberia / iberos desde Hecateo en adelante puede verse también en un trabajo anterior del mismo autor: "Le rôle de la ville dans la formation des peuples ibères", *MCV* 21, 1985, pp. 19-25.

<sup>24</sup> "Los términos Iberia e iberos en las fuentes greco latinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación", *Lucentum* 2, 1983, p. 215: para este autor Polibio asume una concepción costera de Iberia ya sea por negarle credibilidad a Píteas, ya sea por motivos de índole político: sobrevalorar la importancia romana en el efectivo reconocimiento de la totalidad peninsular.

<sup>25</sup> *Ibid.*: frente a los planteamientos de Jacob, opina a partir del texto de Herodoro que la Iberia y los iberos originarios hay que circunscribirlos a la zona del estrecho y como un término genérico claramente importado por los griegos, a partir de las comparaciones entre las dos Iberias extremas, la de la Cólquide y la de la Península Ibérica (en pp. 204-209). El recuerdo de una Iberia identificable con el área del Júcar aún se mantiene en Asclepiades, que afirma que "autores antiguos" identifican iberos con los Igletes (en STR., III 4.19).

entendía a los iberos como un *génos* aglutinante de distintas *ethne* y, por tanto, su significación político-geográfica es más que evidente, lo que se explica inicialmente por ese afán de la geografía griega de simplificar y unir bajo un denominador común realidades complejas y / o dispersas<sup>26</sup>.

Con todo, la opción polibiana por una Iberia *lato senso* frente al resto peninsular aún *terra incognita*, y que contrastaría con la otra Iberia reducida de evidente origen colonial y/o púnico, es una apuesta histórica clara: una parte está definida con un término que funciona como un genérico integrador a la vez histórico y territorial, allí donde se va a centrar el relato de conquista; la otra, por el contrario, no puede estarlo por ahora dada la diversidad étnica y cultural del territorio y la ausencia de un referente geográfico preciso<sup>27</sup>. Es decir, son los procesos de cohesión y homogeneización política, territorial y poblacional (y en este caso resultado de una conquista) los que marcan la transición de zonas con o sin entidad geográfica e histórica suficiente. La Iberia polibiana es claramente la de un espacio político en construcción. En este sentido, no hay contradicciones en Polibio entre una Iberia limitada a la costa mediterránea de los comienzos de la Segunda Guerra Púnica y la peninsular del Libro XXXV, tal como opina Domínguez Monedero (*l.c.* n. 24), puesto que la percepción de la peninsularidad es, ante todo, un problema histórico además de geográfico, y la progresiva extensión del concepto sólo se desarrolla al calor de la expansión romana.

Siguiendo con el tema, y en otro lugar, cuando está situando Sagunto dice que se encuentra "cerca del mar a los pies de una cadena montañosa que marca los límites de Iberia y Celtiberia" (III 17.2); cadena que, desde una perspectiva odológica, no puede tratarse más que del Sistema Ibérico, que tendría una orientación (paralela a los Pirineos) prácticamente N-S<sup>28</sup>. Tenemos, pues, una línea costera perfectamente delimitada siguiendo el uso convencional de la suma de distancias parciales (III 39)<sup>29</sup> entre dos salientes que se proyectan hacia el mar (como son las Columnas de Heracles y los montes Pirineos), y que es denominada Iberia; junto a ello, y hacia el interior, una cadena montañosa funcionando como transición hacia un espacio intermedio -la Celtiberia-, y un más allá donde la fragmentación y movilidad étnica hace imposible alcanzar una definición histórica común que le de sentido geográfico (*cf.* mapa peninsular de Moret).

Desde el punto de vista de los problemas y las soluciones que se había planteado la geografía griega desde sus inicios no hay nada nuevo: a la hora de articular los espacios el

---

<sup>26</sup> *Vid.* Ciprés - Cruz, a.c. n. 15, pp. 121-22 y Moret, *o.c.* n. 21, pp. 15-16.

<sup>27</sup> No por casualidad se remite a un apartado posterior (posiblemente el referido a los conflictos celtibéricos -*cf.* III 5.1-). Esta referencia nos reafirma en que la redacción definitiva de la geografía hispana se haría tras el exilio y con la composición de las guerras de Segeda y del Libro XXXIV (*vid.* n. 22, *supra*).

<sup>28</sup> Estas montañas serían la Idúbeda, que F.W. Walbank (*A Historical Commentary on Polybius*, Vol. I, Oxford 1970, p. 328) duda entre el Sistema Ibérico o la Serranía de Cuenca. Desde una perspectiva odológica la Celtiberia estaría ubicada en las tierras del interior meseteño (*vid. infra*).

<sup>29</sup> La elección de dichos puntos responde al uso tradicional de la geografía helenística: ya sean accidentes costeros sobresalientes (cabos; ríos) como también ciudades o pueblos de relevancia histórica, política o geo-estratégica (Cartago Nova; Sagunto; etc.).

mar se convierte en el componente delineador substancial y, dentro de ello, los accidentes que se proyectan dentro de él. La denominación precisa responde a la generalización de un etnónimo. Las dificultades surgen cuando se trata de precisar los espacios interiores, máxime si se encuentran muy divididos. En éstos, y junto a los ríos o las cordilleras, las unidades étnicas -ya desde Heródoto- son los componentes substanciales para fijarlos de alguna manera, aunque es preferible que constituyan grupos amplios, homogéneos, y territorial y políticamente definidos y conocidos<sup>30</sup>.

Pero, ¿qué es lo que le da sentido a este territorio común de Iberia? Inicialmente, el ser una zona tradicionalmente integrada en la realidad (ya sea mítica o colonial) mediterránea, hecho que Polibio no desconoce, y que a priori le da una cierta identidad histórica. Obviamente, y en las actuales circunstancias, el ser el área de dominio cartaginés (III 39.4), por lo que hay que delinearla con precisión al cierre del excursus geográfico sobre occidente previo a los inicios del relato sobre la guerra anibálica. A continuación, el ser el territorio donde se va a desarrollar el conflicto en el que está en juego la hegemonía romana sobre todo el occidente mediterráneo, la futura Hispania. Y, en general, el ser una parte habitada por un conjunto de pueblos y comunidades que reciben el calificativo común de ibéricas.

Y aquí está una de las claves de la evolución de la concepción polibiana sobre la Península Ibérica, que no hace sino aplicar a ésta una fórmula habitual por parte de la geografía helenística: el que un etnónimo termine dando nombre a un territorio histórico. Un genérico territorial que, por sus propias características originarias y su naturaleza histórica, es obligadamente impreciso. Aníbal, en el 220 a.C., buscando un espacio de seguridad, hace una incursión contra Ólcades, Vacceos y Carpetanos (desde el punto de vista cartográfico en el corredor entre los ríos Ebro y Tajo), y extiende hacia el interior los límites más seguros de su dominio en el arco que formaría el curso del Tajo y la cuenca media del Ebro, y siempre "más acá del Ebro" (III 13 y 14; *vid.* X 39.8; 40.11-12): dichos *ethne* funcionan como frontera ibérica. Posteriormente, está reclutando tropas entre los Tersitas (Qersi=tai)<sup>31</sup>, Mastienos (Mastianoi/), Oretanos iberos (¡Orh=tej ¡Ibhrej), Ólcades (¡Olka=dej) y Baleáricos (Baliarei=j) –en III 33.8-10-. La precisión en el caso de los Oretanos es significativa: sólo aquellos de los oretanos que, por alianzas o presiones de Aníbal, por lazos con otras comunidades autóctonas, o por ambas cosas, se pueden considerar dentro de Iberia. Su inclusión (y división) marca un hito en el límite territorial. Desde una perspectiva odológica la posición en el mapa es clara: de Oeste a Este si-

---

<sup>30</sup> Nos remitimos para estos problemas a los artículos de síntesis de F. Prontera, "Sobre la delimitación de Asia en la geografía helenística", en: A. Pérez Jiménez - G. Cruz Andreotti., *cit.* n. 15, pp. 77-105; ID., "Identità etnica, confini e frontiere nel mondo greco", en: *Confini e frontiera nella grecità d'occidente. Atti del trentasettesimo convegno di studi sulla Magna Grecia. Taranto, 3-6 ottobre 1997*, Taranto 1999, pp. 147-166.

<sup>31</sup> Tarshi<sub>2</sub>tai según otros códigos; ¿Tarsis-tartesos? Cf. el *Mastia-Tarseion* del segundo tratado romano cartaginés en III 24.

guiendo un corredor entre los ríos Tajo y Guadalquivir que desemboca en las islas Baleares (*vid. fig. 1*).

Dentro de esta Iberia histórica, que como vemos Polibio reconoce también como un territorio compartimentado, y que es evidente con el uso frecuente de términos como "partes de ...", "regiones de...", "territorios de..." (to/poi) (II 1.5; III 13.2; 17.3)<sup>32</sup>, hay un componente que se nos antoja paradigmático: el río Ebro. La razón es obvia: el tema del cruce del Ebro se convierte en asunto recurrente en la cuestión del *casus belli* de la Segunda Guerra Púnica y, por extensión, en el debate sobre la causalidad de la historia (III 29 ss). El uso de elementos significativos -promontorios, ríos, cadenas montañosas- como hitos de la navegación comercial o militar es bastante frecuente, tal como se evidencia en los tratados entre Roma y Cartago (III 22 a 27), y es muy característico -por otro lado- de la tendencia polibiana de diplomatar la geografía resultado del importante uso oficial que ya por estas fechas se hace de la misma.

Pero lo más interesante desde nuestra perspectiva es que el Ebro le es muy útil a la hora de articular los acontecimientos y de estructurar el territorio: la función de los grandes ríos como límites y / o vertebradores de los espacios interiores es una constante que se repite. A nuestro juicio no hay ninguna confusión geográfica de su posición al norte de Cartago Nova y, obviamente, de Sagunto (III 95.2-4; 97.3; IV 28.1), y al sur de Ampurias y Tarraco (III 95.5): la terminología geográfica usada ("más acá"; "más allá") es nítida y dependerá del punto de vista del que está hablando (III 14.9-10)<sup>33</sup>. Funcionando como eje transversal de la línea costera, y circulando posiblemente paralelo a los Pirineos de norte a sur (aunque nunca se nos aclara su nacimiento), sitúa en torno a sí a unas y otras ciudades, a unos u otros pueblos y a unos y otros ejércitos, y sirve igualmente de conexión de la vertiente mediterránea con el interior todavía indefinido, cruzándose presumiblemente con el otro eje cual es el Tajo<sup>34</sup>.

El Ebro cumple, por ello, una función ordenadora paradigmática puesto que alrededor suyo se van a desarrollar la mayoría de los acontecimientos bélicos y están localizados los principales protagonistas. Polibio conoce, además, el conjunto de intereses en la zona de masaliotas, ampuritanos (e indirectamente romanos) además de los cartagineses (III 95.7). Aunque perteneciente a la Iberia histórica es, en realidad, una tierra de nadie, o, si se quiere, políticamente indefinida<sup>35</sup>. De hecho, el norte del Ebro en ningún

---

<sup>32</sup> *Vid. infra* cuando hablemos de las partes o *mere* en los que está dividida e la Celtiberia.

<sup>33</sup> Estudio pormenorizado en Jacob (a.c. n. 23, pp. 200-2). Este autor ve una excepción en IV 28.1 donde el uso de ε)npoi] /Ibhroj indicaría, en su opinión (pp. 202-3), la identificación Júcar-Iber y, por tanto, la asunción por parte de Polibio de la noción "restrictiva" de Iberia, a partir posiblemente de una fuente púnica; río éste que sería igualmente (recuperando la denostada tesis de Carcopino en *REA* 55, 1953, pp. 258-93), el límite del tratado de Roma con Asdrúbal en el 226 a.C., y que justificaría el *casus belli* saguntino desde la perspectiva romana al encontrarse la ciudad al norte del citado río (en pp. 203-4 y 209-19).

<sup>34</sup> Para este mismo papel de conexión entre espacios en el caso del Guadiana y el Guadalquivir que nacen en la Celtiberia y para el Tajo como vertebrador longitudinal *vid. infra*.

<sup>35</sup> Es significativo que Estrabón (III 4.19) -haciendo un resumen de los distintos nombre de Iberia a través de los tiempos- recoja una distinción anterior a él (¿y previa a la división administrativa del 197 a.C. entre

momento es de control romano o cartaginés absoluto: Aníbal, tras cruzarlo, tiene que someter a distintas tribus (III 35.2-3); asimismo, los romanos tampoco encuentran facilidades entre las poblaciones indígenas (III 76; 96.6; X 6.7), siendo posiblemente uno de los motivos que decidiera a Escipión a tomar directamente Cartago Nova (X 6). Las poblaciones iberas del área mantienen siempre que pueden una actitud independiente con unos y otros, y será de aquí de donde surjan las grandes "coaliciones indígenas" que se enfrentarán a cartagineses y romanos, en particular Indíbil y Mandonio. Una situación, en suma, que evidencia que los cartagineses han desarrollado una tupida -pero frágil- red de alianzas como forma de fortalecer su política hegemónica en la zona, pero que no controlan de manera directa y constante; tampoco los romanos lograran ese empeño, viéndose abocados al enfrentamiento generalizado y abierto con las poblaciones de esta franja inmediatamente después del fin de las hostilidades en la Península (XI 31 a 33).

Dicho esto sobre el alcance geográfico e histórico de la Iberia polibiana durante la Segunda Guerra Púnica, el segundo elemento, a nuestro juicio esencial, es definir qué entiende por iberos y qué papel se le asigna en la definición de esta Iberia histórica. Y cabría preguntarse, ¿es también lo ibérico un término general y práctico para agrupar a un conjunto de pueblos por otro lado perfectamente definidos desde el punto de vista étnico? Si ello es así, ¿es una situación histórica interna o una simplificación polibiana vista desde fuera?; ¿responde lo ibérico a un estereotipo al uso de lo bárbaro?

El tema es complejo. Si en numerosas ocasiones no quiere precisar el origen étnico de las poblaciones de origen peninsular hablando genéricamente de "iberos", puesto que en el contexto de la descripción de la composición de los ejércitos combatientes ello sería superfluo -sobre todo cuando se encuentran fuera de su territorio-; en otras, no obstante, es perfectamente consciente de que son grupos diferenciados en su denominación, ubicación, jefatura, normas, vestimentas, armas y formas de combatir: así lo especifica en cuanto al atuendo que se diferencia según su *patria* (¿tribu; región o país? -III 114.4-) o que combaten siguiendo cada uno a sus propios jefes (X 38.6)<sup>36</sup>. De hecho, si a veces aparece la mención a los régulos tan sólo aludiendo a esta adscripción territorial, en otras se acompaña de su *ethnos*. Da la impresión, e independientemente de que el contexto literario pueda explicar este doble tratamiento en algunas ocasiones, que Polibio asume desde el comienzo una definición de los iberos en tanto que habitantes -diversos sin duda- de una Iberia determinada. Un hipotético etnónimo originario (¿limitado inicialmente al área saguntina hasta las inmediaciones del Ebro?) termina por dar nombre a un territorio,

---

*Citerior e Ulterior?*) entre una Iberia limitada al sur del Ebro y una Hispania al norte, precisamente el área de inicial conquista y pacificación romana. Eso evidencia, además del carácter histórico de la terminología, una contemporaneidad de ambos términos (Iberia / Hispania) de origen distinto.

<sup>36</sup> La descripción pormenorizada de los distintos *ethne* que hace en III 33, a partir de la consulta de documentación epigráfica -III 33.18-, es muy elocuente.

resultado de las propias circunstancias históricas, en parte explicables por una presencia cartaginesa que termina por articular esta situación fragmentada<sup>37</sup>.

Pero, ¿les atribuye a éstos unas características definidas?; ¿a qué criterios etnográficos pueden responder? Con todo, para poder contestar a estas preguntas sería interesante comparar su tratamiento con el modelo más elaborado de descripción etnográfica que tenemos en Polibio: nos referimos al conocido *excursus* galo.

Inicialmente, si en algo coincide el tratamiento de iberos y galos es que asistimos a lo que se podría llamar una "historización de la barbarie", es decir, donde el conjunto de características a ella asociadas hay que ponerlas en relación con la territorialización histórica de los pueblos en un momento dado: el medio circundante condiciona o matiza los posibles estereotipos generalizadores de lo bárbaro<sup>38</sup>. De esta manera, que Polibio comience por distinguir entre los galos que habitan a un lado y otro de los Alpes como "Trans-" y "Cis-" alpinos (II 15.8-10) no es un simple gusto por la erudición filológica. Significa poner sobre la mesa el debate de la compleja realidad que está detrás de los procesos de sedentarización de poblaciones en origen y carácter bárbaro, y la modificación o no de sus formas de vida originales a partir de un asentamiento en un lugar dado y en un contexto histórico específico. Si galos son todos, su ubicación territorial exige una primera distinción terminológica. De hecho, y a continuación, inicia un recorrido por la historia de la ocupación de la llanura desde época etrusca hasta el presente (II 17.1-7), de la que cabe concluir que los pueblos que habitan "en la parte de acá" de los Alpes, perfectamente reconocibles como unidades étnicas (ἰεϋνοῖ) (II 22.1) de un ámbito territorial específico, comparten por ello costumbres y formas de vida, hazañas bélicas y recuerdos comunes de sus antepasados en aquella zona (II 22.3) -no así la lengua, como es el caso de los vénetos, que proceden de un linaje -γεῖνοῖ- más antiguo (II 17.5), y que por este motivo cabe establecer diferencias con el conjunto de los galos o celtas, un término que indica la pertenencia a una "misma raza" (ομοφυλοῖ) de todos aquellos que viven a un lado y otro de los Alpes<sup>39</sup>.

A partir de aquí las distancias son notables. A diferencia de los iberos, los galos hacen de la guerra su forma de vida habitual<sup>40</sup>, despreciando las enormes posibilidades de

---

<sup>37</sup> Quizás esto es lo que hay detrás de la "habilidad y realismo" con el que Asdrúbal manejó los asuntos hispanos (*vid.* II 13.1).

<sup>38</sup> El conocimiento de los tratados hipocráticos se alude en IV 20.3. Esta influencia ya fue destacada por F.W. Walbank, "The Geography of Polybius", *Classica et Mediaevalia* 9, 1948, pp. 178-9.

<sup>39</sup> *Vid.* el temor de los romanos de usar a galos como aliados al ser "de la misma raza" que sus enemigos (en II 32.8). La participación de los galos transalpinos junto con sus "hermanos" en todo el curso de los acontecimientos también se desarrolla atendiendo a este criterio, a pesar de las tensiones y divisiones internas. De hecho, la pertenencia a un tronco común no evita ni la fragmentación étnica ni, dentro de ella, la política: los Gesatos, que habitan al otro lado de los Alpes, conocen varios reyes de entre ellos, de los que Polibio cita dos (Concolitano y Aneroesto) (en II 22.2).

<sup>40</sup> Para Polibio los galos vivían en un estado de "epidemia bélica", usando el símil médico (en II 20.7). Su obsesión era ir ampliando el número de "clanes" (ταῖς εταίρειαις literalmente "grupos de camaradas"), para así competir en poderío y fuerza interna al poseer un mayor número de "clientes" (περαοευονταῖς literalmente "compañeros de armas") y asociados (συμπεριφεροῖ) (II 17.12.): la cantidad de gente que es

riqueza que le ofrece la llanura (II 15). Eso lleva la existencia de tensiones y discordias permanentes, ya sean originadas por el reparto del botín, por los conflictos de intereses entre los jóvenes guerreros y sus dirigentes<sup>41</sup>, o por la sucesión de procesos hegemónicos en función del número de fuerzas y de la capacidad militar de unas etnias respecto de otras (II 22.1-5). Y si ello es propio de una organización primitiva, fuertemente individualizada en torno al prestigio competitivo y a la riqueza personal de sus jefes adquirida a través de la guerra, los procesos de sedentarización y la "vecindad" de otras comunidades (ligures, tirrenos y umbros, siguiendo la línea de los Apeninos -II 15.1-3-) no han podido evitar la que constituye su debilidad más palpable: la incapacidad para organizarse en torno a estructuras políticas estables y únicas. En el campo de los valores nos encontramos -junto con la audacia y el coraje (elementos valorados positivamente)-, actitudes característicamente bárbaras, como son el no respeto a ningún tipo de acuerdo, pacto o ley no escrita<sup>42</sup>, la deslealtad e individualidad<sup>43</sup>, la lucha desmedida y sin orden, la irracionalidad o la ausencia de lógica en las decisiones tácticas (II 35.2-6)<sup>44</sup>. Finalmente, su forma de vida responde al mismo estereotipo: habitan aldeas no amuralladas (kwζmh a)teizxistouj), es decir sin ningún tipo de complejidad urbanística ni muros de protección (de hecho "dormían en lechos de hojarasca" –stibadokoitei=n-); aunque practican la agricultura, sobre toda la guerra será su actividad primordial, y, por ello, vivían de una manera primitiva sin conocer ni las artes ni las ciencias (a)skei=n a(plouj ei)=xon touζj biζouj, ou)t )e)pishζmhj a)/lhj oute teζxnhj par ) au)toi=j toì paraζpan ginwsko-meζnhj)□□siendo sus bienes más preciados el ganado y el oro, fácilmente transportables y acumulables a través del botín (II 17.8-12). Con todo, como ha apuntado Ph. Berger<sup>45</sup>,

---

capaz de agrupar en torno a sí un jefe militar era la base de su hegemonía dentro del *ethnos*. (En algún momento usa el término *hegemón* (II 21.4; 22.6) o *basiléus* (II 22.2), de evidentes connotaciones militares y personales, para referirse a los jefes de los distintos grupos).

<sup>41</sup> Para tensiones internas usa el significativo término de *stásis* en II 21.4. *Vid.*, también, por ejemplo cuando los jóvenes, que habían olvidado las derrotas y sinsabores anteriores, provocan una nueva sublevación en el 237 a.C. (en II 21.1-3). La codicia, la falta de autocontrol en el comer y el beber y, en general, la ausencia de un equilibrio emocional personal y colectivo es destacado en II 19.3-4.

<sup>42</sup> Incluso el supremo deber de respetar a los enviados de la otra parte (en II 19.9).

<sup>43</sup> Aníbal se propone mantener permanentemente activos a los aliados galos, así como renovar constantemente sus esperanzas de botín, porque no se fía de la estabilidad y durabilidad su alianza con ellos, a pesar de su odio a los romanos: III 69.1-3; 5-6; 70.4; 10-11.

<sup>44</sup> Polibio resalta, como vemos, que ninguna fuerza militar bárbara, por más potente que sea inicialmente, puede con un ejército ciudadano, que fundamenta su capacidad de resistencia y cohesión en los principios y valores colectivos que defiende. Los bárbaros, por el contrario, sin ningún principio supremo más allá de la competencia personal, tienen que ser necesariamente vencidos al final. En el fondo, y siempre según Polibio, se está dirimiendo una lucha de "sistemas" y formas de vida, entre el espíritu político basado en valores ciudadanos y aquél fundamentado en el prestigio y la ambición privada y, por tanto, voluble y caprichoso. De hecho, y a continuación -II 35.7-9-, recuerda nuestro autor la victoria de los griegos contra los persas o contra los galos cuando invadieron Delfos, en pro de la "común salvación de Grecia", y gracias a un combate con "inteligencia y cálculo" frente a la enormidad de preparativos y los millares de hombres que se tenían enfrente.

<sup>45</sup> "Le portrait des celtes dans les Histories de Polybe", *AS* 23, (1992), pp. 105-126, especialmente 110-15 y 124-26. Es significativo que si ninguna de tales características se encuentran en la etnografía de lo iberos,

la barbarie polibiana aplicada a los celtas se aleja de la simplificación excesiva de un esquema binario antitético: la rica llanura padana les lleva, inevitablemente, a la práctica de la agricultura y a que la fertilidad natural de la misma (II 15.1-8) les conduzca a una cierta molicie, a la falta de resistencia en la lucha así como a la pérdida paulatina de sus ancestrales virtudes y ansias guerreras, que podrán ser reconducidas convenientemente tras su 'civilización' (III 79.4; 6; II 33.2)<sup>46</sup>.

Aunque la información sobre la sociedad ibera, o sobre los iberos en general, no tiene el nivel de concreción y análisis que el que se puede observar en el caso galo, en buena medida por el papel paradigmático que estos últimos cumplen en el fortalecimiento definitivo de Roma como potencia itálica, del conjunto de los datos parece desprenderse que Polibio no define al mundo ibérico con los parámetros de la barbarie que encontramos para la Galia Cisalpina, es decir, se acercaría nuestro autor más a lo que entendería como una "comunidad política mediterránea". De hecho, distanciándose de la tradición anterior que vimos más arriba, en ningún momento aparecen como un *génos* que agrupa a distintos *ethne*, lo que lo aleja de la clasificación gala, y reafirma más si cabe un fenómeno de identidad política y territorial ya anteriormente presente<sup>47</sup>.

Así, el mundo ibérico se articularía a partir de tres estructuras complementarias: la familiar, la poliada y la militar. Es significativo que las dos primeras son colocadas en un mismo plano y siempre juntas: cuando Aníbal marcha a Italia, Bóstar alberga la posibilidad de liberar a los rehenes iberos retenidos en Sagunto y devolverlos a sus "padres y ciudades" (a)pokatasth/s\$ toi=j goneu=si kaii tai=j poçlesin) como acto de buena voluntad (III 98.7; 9; *vid.* también X 18.4-4). Dentro de ello, la edad, el sexo, la riqueza y el rango son factores de distinción y diferenciación social en todos los ámbitos: los rehenes son "hijos varones" de entre los "hombres más ilustres" (touij ui(ei=j tw=n e)pifanestaçtwn a)ndrw=n) (III 98.1), aunque también entre matronas e hijas de *dignitas* notoria, como la mujer de Mandonio, hermano de Indíbil o las hijas de éste (X 18).

El ámbito guerrero aparece de manera constante y hegemónica, aunque parece que respondiendo a una situación de excepcionalidad, como no podía ser menos en las actuales circunstancias. Utiliza los términos de generales, príncipes y dinastas guerreros para referirse a los jefes militares, en lo que quizás pueda considerarse una división jerárquica<sup>48</sup>, que es evidente en el caso del acto de sumisión protagonizado por Edecón e

---

algunas sí en la de los celtas o celtíberos peninsulares (*vid. infra*). Para todo lo referente al tratamiento de la barbarie en Polibio me remito a lo dicho en este volumen por la colega M<sup>a</sup> Cruz González Rodríguez.

<sup>46</sup> No parece casual que la descripción de la llanura del Po y sus posibilidades económicas se alejen de esta concepción histórica de la etnografía gala y se acerquen más a una geografía económica contemporánea: se trata de destacar las ventajas de la conquista y explotación romanas y de justificar los esfuerzos bélicos (*vid.*, para ello, Texier, a.c. n. 7, p. 400-402).

<sup>47</sup> Cf. no obstante Zecchini, a.c. n. 81, *infra*.

<sup>48</sup> *Stratēgōs* -III 76.6- y *basilēus* -X 18.7- para Indíbil-; *dinastōs* ?-X 18.3; 34.2; 38.6- para otros que no sean aquél -por ejemplo Edecón-, aunque también lo usa para Indíbil y Mandonio -X 35.6- (para una jerarquía de los términos *vid.* N. Coll i Palomas - I. Garcés i Estallo, "Los últimos príncipes de occidente. Soberanos ibéricos frente a cartagineses y romanos", en: C. Aranegui (coord.), *Los iberos. Príncipes de*



del extremo occidente se civilizan por su “parentesco” (suggenei=j)<sup>54</sup> a los “prósperos”, “organizados” y “civilizados” –políticamente- Turdetanos, que podríamos suponer que son para Polibio un grupo dentro de los iberos, si aceptamos su ubicación tradicional (XXXIV 9.2-3).

Por tanto, y aún conservando de manera fragmentaria el Libro XXXIV y con la escasez de datos de tipo etno-cultural que tenemos de los restantes, podemos deducir que ni el contexto militar ni los comportamientos particulares denotan algo parecido a una barbarie extrema como la que se podría desprender del paradigma galo. De nuevo, su olfato de historiador le invitan a matizar y alejarse del estereotipo y de la herencia en cierta medida idealizada del pasado peninsular. Ello lo veremos claramente consolidado con la imagen de los iberos de Estrabón (III 2.15), a los que califica de *togati* o *stolatoi*.

No se nos escapa que del conjunto se desprende una imagen excesivamente aristocrática de las alianzas militares que se van tejiendo alrededor de Escipión. El tratamiento como iguales de los régulos ibéricos; la escenificación pictórica del ritual que acompaña a los pactos; el respeto al rango y la distinción social de los diferentes personajes indígenas, etc., son pinceladas que nos llevan a una cierta "homerización de lo bárbaro", destinada posiblemente a exaltar la imagen heroica del mismo Escipión como jefe. El momento culminante sucede cuando los jefes militares realizan el acto de sumisión ante Escipión (proskuꝗnhsij), al que aclaman como "rey", y que él no acepta y solicita que lo llamen "general" o el acto de *clementia* protagonizado con los rehenes iberos de alta alcurnia (X 38.3; 40.4-5 y X 18)<sup>55</sup>. Contrasta, evidentemente, el supuesto ritual ibero de claras connotaciones orientales en lo que sería una simple aclamación militar, con esa "humildad" romana tan característica que no rechaza la fama pero sí el cetro. El conjunto de relaciones, además, posee un profundo carácter moralizante, donde la perfidia y la soberbia cartaginesa en el trato con los ingenuos indígenas se opone a la bondad romana<sup>56</sup>. En este sentido, lo ibérico o lo ibero aparece simplificado y condicionado por la omnipotente figura de Escipión, que dulcifica el estereotipo de bárbaro al uso para encontrarle un rival a su altura. No hay nada más que ver que, tras la expulsión de los púnicos, los iberos (y refiriéndose particularmente a los ilergetes) -tachados anteriormente de valientes y honorables, aunque simples- son ahora genuinamente bárbaros: volubles, caprichosos, impulsivos y poco respetuosos con la palabra dada (XI 25 a 33)<sup>57</sup>.

---

<sup>54</sup> Por "proximidad" (geitniaꝗw) matizará Estrabón (III 2.15) que es quien recoge la noticia. *Vid.* para todo ello en extenso el **Apartado 3**.

<sup>55</sup> Ya F. Marco, "Esclavitud y servidumbre en la conquista de Hispania. I: 237-83 a.C.", *Estudios* 3, 1977, p. 97. Recientemente, y en extenso, E. Torregaray, *La elaboración de la tradición sobre los Cornelii Scipiones. Pasado histórico y conformación simbólica*, Zaragoza 1988, *passim*.

<sup>56</sup> Ver el contraste del comportamiento de Asdrúbal en IX 1 con el de Escipión en X 34-35. Para todo ello puede verse M. Dubuisson, "L'image du carthaginois dans la littérature latine", *Studia Phoenicia* I-II, (1983), pp. 159-167.

<sup>57</sup> Ahora sí que adquieren los iberos esa caracterización de bárbaros desleales, ladrones y ansiosos de botín -que aparece muy clara en Livio XXVIII 32.9-, y que define la forma greco-romana de hablar de la "guerra bárbara" como aquella que carece de cualquier finalidad moral, en contraposición con la "guerra civilizada"

Respondiendo a las preguntas iniciales, Polibio da un paso más en la percepción de los iberos como un término que significa simplemente "habitantes de Iberia". Identificada ésta con la costa mediterránea cuando los romanos desembarcan<sup>58</sup>, los iberos son el resultado de un más que probable fenómeno histórico de articulación política, militar y territorial de los distintos *ethne* y ciudades, sin que estos últimos pierdan una cierta identidad particular, y que van camino de un proceso de civilización acelerado en torno a la ciudad, lo que es propio de su proyección mediterránea. Aunque este esfuerzo de simplificación geo-etnográfica es imprescindible para facilitar la comprensión de una realidad nueva con tus parámetros culturales, como era normal en la geografía contemporánea, Polibio parece percibir mejor que nadie una situación compleja, en formación y, aunque no estén aclarados los agentes y las causas, es una visión real rica en lecturas, de las que la más destacable es su naturaleza histórica, en la que inciden la presencia cartaginesa -primero- y romana -después-. Un dato algo más que curioso: para Polibio (XXXIV 9.1) Turdetanos y Túrdulos eran pueblos distintos, no así para Estrabón (III 1.6) que los considera los mismos, posiblemente efecto del proceso de romanización y civilización. Si la geografía y la etnografía presente en la historia polibiana es evidentemente una geografía de la conquista, no es menos cierto que, para el caso de los iberos, sus réglulos, sus ciudades y sus distintos *ethne*, Polibio asume una caracterización histórico-política ya conocida que conduce para él, irreversiblemente, a un desarrollo de civilización de tipo mediterráneo, donde grupos étnicos de naturaleza menor se van agrupando en torno a unidades políticas de mayor amplitud a partir de procesos migratorios o de conquista, y que concluirá con la romanización plena que la geografía estraboniana termina por idealizar: la "desbarbarización" polibiana de lo ibero, a pesar del contexto bélico del relato, es más que un artilugio retórico para ser un indicio de un espacio político poliado que nuestro autor -aún faltándonos el fundamental Libro XXXIV- no deja de percibir en su carácter procesual e histórico<sup>59</sup>. El genérico término de "iberos" es, en este sentido, una opción muy operativa.

---

que se mueve por usos y objetivos nobles (*vid.* P. Ciprés, *Guerra y sociedad en la Hispania Indoeuropea*, Vitoria 1993, pp. 139 ss.).

<sup>58</sup> *Vid.* más abajo cuando, hablando de Lusitania, la extensión de Iberia se va haciendo más amplia.

<sup>59</sup> Jacob en su trabajo de 1985 (a.c. n. 23, pp. 31 ss. con un cuadro de las equivalencias *poleis / ethne*), desarrolla la interesante hipótesis de que la ciudad (no en su acepción más clásica) es la realidad nuclear en el proceso formativo del mundo ibérico, y el eje a partir de la que se articulan y se definen las unidades étnicas. Es significativo, como apuntó en su momento R. Knapp (*Aspects of the Roman Experience in Iberia. 200-100 B.C. Anejos de Hispania Antiqua IX*, Vitoria-Valladolid 1977, pp. 66 ss.), que los distintos *ethne* sean en parte la base para la primera reorganización administrativa en forma de *regiones* que impone Roma inmediatamente después de la expulsión bárcida, que Jacob (p. 56) considera lógico a partir de su identificación con distintas ciudades, unidad política más asimilable para Roma. Son muy interesantes las conclusiones de Moret en su extenso trabajo sobre las fortificaciones ibéricas (*cit.* n. 21): frente a las hipótesis aristocratizantes, jerarquizantes y estatalizantes de A. Ruiz - M. Molinos en *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico* (Barcelona 1993), demuestra que los "amurallamientos" ibéricos aparecen más como "el proyecto colectivo de una comunidad, que como la manifestación del poder o el prestigio de una aristocracia" (p. 278). Una apretada síntesis de la ciudad ibera recientemente en M. Bendala, "La ciudad de los iberos, espacio de poder", en: C. Aranegui, *o.c.* n. 48, pp.25-34.

### 3. La Iberia de interior.

El valor cualitativo de las fuentes grecorromanas, y de Polibio en particular, se multiplica cuando pasamos a hablar de eso que nuestro autor llama "zonas innominadas" en el momento de la Segunda Guerra Púnica (III 17.2 y 37.11)<sup>60</sup>. La conservación fragmentaria de la última parte de su obra nos impide conocer y valorar adecuadamente su geografía, ya sea en sí misma como en el contexto narrativo de las primeras guerras celtibéricas, tal como hemos hecho para la vertiente costera mediterránea. La pérdida es más lamentable cuando, desechado por parte de la investigación arqueológica el paradigma invasionista y esencialista para explicar la presencia indoeuropea, en los últimos años cobra fuerza la necesidad de un acercamiento interdisciplinar para intentar definir los procesos formativos de las distintas comunidades prerromanas del interior peninsular, considerando todo tipo de información y valorando tanto la intervención de los elementos internos como externos desde una perspectiva procesual, es decir, histórica<sup>61</sup>.

En este sentido, la coincidencia entre estos planteamientos etnogenéticos y los de las fuentes clásicas no parece casual: la realidad étnica que las fuentes nos transmiten es, más allá de los estereotipos, dinámica, al igual que las culturas arqueológicas o lingüísticas de origen o carácter céltico que se van formando a partir del siglo VI a.C. La necesidad de cotejar desde esta perspectiva los datos que aporta la arqueología, la lingüística o las fuentes escritas se hace más urgente si nos damos cuenta que hay aspectos que sólo con el concurso de estas últimas se pueden esclarecer convenientemente. Por ejemplo, cuando intentamos saber si detrás de las unidades étnicas que históricamente conocemos existe algún tipo de autoconciencia que se trasluce en lo institucional, social o cultural; o cuando, poniendo otro caso, queremos delimitar las coordenadas espacio-temporales en las que las etnias se inscriben y ver si existe algún tipo de coincidencia entre una cultura arqueológica dada (hábitat, ritual funerario, cultura material, etc.) y los grupos de población más o menos amplios y / o homogéneos citados por las fuentes. Y todo ello teniendo muy en cuenta que no siempre se da una correspondencia exacta entre las culturas arqueológicas y las etnias que las fuentes nos transmiten. Así, de la misma manera que estas últimas no permanecen inalterables en el tiempo y en el espacio, unas y otras pueden participar de similares elementos culturales a pesar de tener identidades políti-

---

<sup>60</sup> Para ser precisos con el planteamiento histórico-diacrónico que hemos adoptado, en esta época innominadas como tal serán la Lusitania y la fachada nor-occidental y septentrional atlántica, no así la Celtiberia.

<sup>61</sup> Ya abrió camino F. Burillo con su "Sobre el origen de los celtíberos", en: *I Simposium sobre los celtíberos*, Zaragoza 1987, pp. 313-344. Con este espíritu se desarrolló un importante congreso en Madrid que reunió a arqueólogos, lingüistas e historiadores y que finalmente tomó cuerpo en un anejo de la revista *Complutum*, nº 2-3, con el título de *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid 1993, y editado por M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero.

co-territoriales distintas, sobre todo si se encuentran en lugares fronterizos, o al contrario<sup>62</sup>.

Por todo ello, la información polibiana tiene una importancia trascendental, porque se recoge en un momento histórico en los que sin incidir Roma de manera radical en las estructuras de las comunidades del interior, no es menos cierto que éstas están sufriendo importantes cambios, resultado evidente del conjunto de transformaciones que se viven en la península durante todo el siglo III a.C. Para empezar, nuestro autor reconoce las dificultades que se va a encontrar para acometer con cierto grado de éxito la geografía del interior peninsular, ya que la sola mención de un nombre de una ciudad, una zona o un pueblo no significará su conocimiento real, sobre todo para el caso como el que le ocupa donde los términos proceden de emplazamientos y comunidades hasta la fecha desconocidos (III 36.1-4)<sup>63</sup>. Y la razón es evidente: la fragmentación étnica y las diferencias culturales son tales que es imposible encontrar un denominador común de carácter político o étnico de envergadura que ayude a entender de manera coherente y organizada todo el interior peninsular, uno de los dilemas característicos de la geografía helenística. Falta, por tanto, una entidad histórica y política que le de forma a un territorio que se presenta de esta forma desestructurado<sup>64</sup>. La geografía del interior es, por tanto, un reto importante para Polibio porque prácticamente no cuenta con precedentes de los que partir.

Precisamente por esto, el reconocimiento y la definición geo-histórica de todas las zonas va ligada a la intervención y la conquista romana, con más justificación si cabe que el caso anterior. Esto es lo que está detrás de ese carácter “innominado” (=indefinido) del “más allá de Iberia” hasta la llegada de los púnicos y romanos y las críticas a Eratóstenes sobre su ignorancia del conjunto de poblaciones más allá de las Columnas a las que llama genéricamente “gálatas” (XXXIV 7.6-7). Su rechazo de Píteas para todo lo relativo a la fachada atlántica europea viene argumentado no sólo por lo inusual y poco ‘académico’ del viaje del masaliota, sino sobre todo por que su información es poco fiable dada la carencia de una *autopsía* contrastada (XXXIV 5), lo que refuerza aún más si cabe su consideración de primer descubridor<sup>65</sup>: Polibio, por el contrario, acomete un conocimiento específico resultado de acompañar a Escipión en las campañas de Lúculo en el 151 a.C. y que le permitió, partiendo de la Turdetania, remontar el Betis y alcanzar el

---

<sup>62</sup> Vid. para estos problemas A. Lorrio, *Los celtíberos*, Madrid 1997, pp. 50 ss. y F. Burillo, *Los celtíberos. Etnias y estados*, Barcelona 1998, pp. 122 ss. Una síntesis de toda la problemática de la investigación de la arqueología y la filología sobre los celtas peninsulares y las confluencias con la labor de los historiadores en P. Ciprés, “El impacto de los celtas en la Península Ibérica según Estrabón”, en: G. Cruz Andreotti (coord.), *Estrabón e Iberia: Nuevas perspectivas de estudio*, Málaga 1999, pp. 122-28.

<sup>63</sup> Esto es, dicho sea de paso, una afirmación explícita de las dificultades para transmitir una imagen geográfica que es básicamente textual.

<sup>64</sup> P. Ciprés, “Celtiberia: la creación geográfica de un espacio occidental”, *Ktèma* 18, 1993, pp. 271-2. En este sentido, recuérdese el párrafo de Estrabón en el que renuncia a seguir nombrando a las poblaciones del norte peninsular porque su mención es irreconocible e innecesaria (III 3.7).

<sup>65</sup> Vid. n. 10. Además, para Píteas y el rechazo por la ‘academia’ vid. Gómez Espelosín, *o.c.* n. 11, pp.134-145.

conjunto de pueblos de las estribaciones de Sierra Morena, la Mancha, el Tajo y la Meseta<sup>66</sup>. Así, y como es habitual en él, desarrollará su descripción pormenorizada cuando las circunstancias se lo impongan, es decir cuando decide ampliar su obra hasta el 146 a.C. (III 4.12-13), incluyendo lo que él mismo llama "los desórdenes hispanos" (III 5.1)<sup>67</sup>, que expondrá en el Libro XXXV. El libro anterior, como libro específicamente destinado a extenderse en las cuestiones que ha ido apartando a lo largo de la obra es, también, la contextualización geográfica y etnográfica de los sucesos de Iberia, ambos desafortunadamente de conservación muy fragmentaria<sup>68</sup>.

De todas formas, parece ser que el grueso de su información y su interés se centrará, por cuestiones obvias, en la Celtiberia y, en menor, medida en la Lusitania, que con la llegada de los romanos pierden ese carácter innominado: en los preludios de la Segunda Guerra Púnica la Celtiberia como tal aparece como zona intermedia entre la costa ibera y el extremo occidental (III 17.2)<sup>69</sup>. Por estas fechas ya le da Polibio una entidad definida, resultado posiblemente del reconocimiento efectivo de su carácter fronterizo y su participación colateral en los primeros enfrentamientos con los romanos tras la expulsión de los bárquidas<sup>70</sup>. Con todo, y como un ensayo de aproximación, podemos intentar reconstruir la Celtiberia polibiana, a despecho de la conservación fragmentaria del Libro XXXIV, partiendo sobre todo de Estrabón<sup>71</sup>.

Para empezar, este último nos indica en algunos capítulos de su obra (STR. III 4.12 y 13) una delineación tan amplia que nos recuerda más a la época polibiana que a la descrita por Plinio (*nat.* 3.3.27; 25 y 29) unos años más tarde (y que contrasta con la propia –STR., III 4.14; 4.20. C 167-): la prolongación hacia el sur hasta la Oróspeda

---

<sup>66</sup> *Vid.* Pédech, *o.c.* n. 5, pp. 555-560.

<sup>67</sup> Posiblemente tratará la guerra de Segeda y la campaña de Licinio Lúculo contra los vacceos entre el 154 y el 150 a.C., que se exponen simultáneamente a las campañas de los cartagineses contra Masinisa (*vid.* también LIV., *Perioch.* 48.19).

<sup>68</sup> *Vid. infra. Apartado 4.*

<sup>69</sup> El término celtíberos será, posiblemente, de origen eforeo (*vid.* STR. XI 6.2) y, antes de Polibio, su uso será amplio e impreciso, como nos atestigua Estrabón (I 2.27) al decir que servía para denominar a los habitantes célticos de una parte de occidente. Posiblemente, el desconocimiento que se tenía del interior peninsular hizo que los colonizadores aplicaran un nombre referido a una porción de sus habitantes (aquellos que estaban en contacto con el mundo ibérico) a la totalidad de la todavía *terra incognita* (*cf.* Domínguez Monedero, *a.c.* n. 24, p. 211). Una síntesis de los celtas en las fuentes anteriores a Polibio en Ciprés, *a.c.* n. 62, pp. 128-132 y 138-39 y hasta Estrabón en M. Salinas, "De Polibio a Estrabón. Los celtas hispanos en la historiografía clásica", en: A. Alonso Ávila - S. Crespo Ortiz de Zárate *et alii* (coords.), *Homenaje al Profesor Montenegro. Estudios de Historia Antigua*, Valladolid 1999, pp.191-201, especialmente 194-96 para Polibio.

<sup>70</sup> Para toda esta zona como frontera *cf.* F. Beltrán Lloris - F. Pina Polo, "Roma y los Pirineos: la formación de una frontera", *Chiron* 24, 1994, pp. 103-133.

<sup>71</sup> Como ha dejado claro F. Trotta en un reciente trabajo ("Estrabón, el libro III y la tradición geográfica", en: G. Cruz Andreotti (coord.), *o.c.* n. 62, pp. 81 ss.) la actitud de Estrabón con respecto a sus fuentes es bastante crítica y compleja, de manera que, frente a lo que se ha pensado, no siempre conoce a Polibio a través de Posidonio, sino que lo usa de manera independiente cuando así lo necesita: de hecho se considera su continuador historiográfico (*cf.* D. Ambaglio, "Gli 'hystorikà hypomnemata' di Strabone. Introduzione, traduzione italiana e commento dei frammenti", *MIL* 39, 1990, pp. 377-425, especialmente pp. 380-399).

donde nace el Betis, e incluso la mención de la Idúbeda como límite, nos trae a colación los escasos fragmentos coincidentes de Polibio (III 17.2; XXXIV 9.13). La adscripción de Pallantia a los arévacos –celtíberos- no hace sino extender hacia el oeste el territorio celtibérico, chocando de nuevo con Plinio (*nat.* 3.3.26-27), que identifica esta ciudad como vaccea. Una Celtiberia, por tanto, que tendría el límite oriental en las montañas de la Idúbeda y al sur en las de la Oróspeda; la surcarían ríos como el Betis, el Anas, el Tago y el Duero, siendo sus confines norte, oeste y sur los de sus pueblos vecinos (berones, cántabros coniscos; astures, calaicos, vacceos, vettones y carpetanos; oretanos, bastetanos y edetanos, respectivamente). En el capítulo siguiente, Estrabón (III 4.13) concreta los pueblos y ciudades que la conforman, haciendo mención explícita a Polibio y Posidonio<sup>72</sup>.

En suma, es la de Polibio una Celtiberia amplia<sup>73</sup>, y –lo que es más importante- de contornos cambiantes en función de los procesos de expansión de sus habitantes (XXXIV 9.12)<sup>74</sup>, en este caso a costa de prolongarse hasta la Oróspeda donde nace el Betis y habitan oretanos, algunos bastetanos y edetanos, y cuyo conjunto está perfectamente diferenciado del grupo vacceo, con el que tiene –no obstante- notables afinidades, dado la descripción conjunta que hace el megapolitano (XXXIV 9.13.). Una Celtiberia que posiblemente se acerque a esa misma que nos ofrece Livio (XL 35, 39 y 47) cuando habla de una *ulterior Celtiberiae ager* o la *ultima celtiberiae*<sup>75</sup>. Será con Polibio cuando por primera vez el genérico de celtíberos termine por convertirse en un concepto etno-geográfico de límites precisos, que incluye espacios diferenciados a los que se les adscriben diferentes pueblos. Como hemos desarrollado en otro lugar<sup>76</sup>, y si comparamos todas las fuentes hasta Ptolomeo, la extensión de Celtiberia y la inclusión en su seno de unas u otras comunidades va cambiando con el tiempo, previsiblemente como efecto

---

<sup>72</sup> La Celtiberia de Estrabón comprendería inequívocamente los territorios de Numantia, Pallantia, Segóbriga, Bilibis y Segeda, y los *ethne* de arévacos y lusones, a los que Polibio añadiría Segesama e Intercatia, y a los *ethne* de belos y titos (XXXIV 9.13; XXXV 2) (*vid.* Ciprés, a.c. n. 64, ns.114 y 115, p. 287 para explicarnos las ausencias de determinados pueblos en Estrabón y a.c. n. 62, pp. 144 ss. para la herencia polibiana en éste).

<sup>73</sup> Esta visión extensa de la Celtiberia también la tenemos en otros pasajes estrabonianos en relación con el nacimiento del Betis, “no muy lejos de Cástulo” (STR., III 2.11), noticia conservada también por Plutarco (*Ser.* 5) en la que Cástulo se localiza en Celtiberia. También la recoge Livio (XXVIII 1.4) para los sucesos de la Segunda Guerra Púnica en Hispania al igual que Diodoro (V 35.2) y Apiano (*Hisp.*, 1).

<sup>74</sup> «Polibio sostiene que tanto el Anas como el Betis nacen en Celtiberia, aunque distan entre sí unos novecientos estadios; porque los celtíberos, que habían acrecentado su territorio, dieron su propio nombre a todo el país vecino».

<sup>75</sup> Desde una perspectiva odológica, y partiendo del mapa que Polibio tiene en mente, esta Celtiberia extrema correspondería al interior peninsular y no a las partes meridionales de la Península, en concreto el norte de la actual provincia de Málaga –tal como afirma A. Capalvo, “Historia y leyenda de la Celtiberia ulterior”, en: *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, Madrid 1993, pp. 63-75, y desarrollado en *Celtiberia*, Zaragoza 1996, pp. 107 ss.-, puesto que de lo contrario trasladaríamos nuestra percepción cartográfica peninsular a aquella de Polibio, lo que no es el caso (*vid.* para ello la argumentación Ciprés, a.c. n. 64, pp. 284-5).

<sup>76</sup> Ciprés, a.c. n. 62, pp. 135 ss.

inmediato del proceso de conquista y romanización. La que conoce Polibio será aquella que protagoniza el mayor y más intenso movimiento de resistencia a Roma en suelo peninsular (en torno a Celtíberos y Vacceos –III 5.1-) y que, como tal, tiene un fronteras políticas diferentes en función del proceso de conquista y la sucesión de alianzas y rupturas en las primeras décadas del siglo II a.C., entre el 181 y el 178 a.C.<sup>77</sup>. Por tanto, será la incidencia de Roma, el desarrollo de una larga contienda y los reajustes político-territoriales internos resultantes las razones de estas aparentes aporías entre las distintas fuentes. Y Polibio será el primero en marcar la dirección del análisis en este sentido.

Además, hay otros dos textos estrabonianos igualmente interesantes que nos pueden aportar algo más sobre esta delimitación de la Celtiberia polibiana, si podemos adscribirselos al megalopolitano. En un momento determinado, Estrabón habla que “algunos afirman que este país se divide en cuatro partes, mientras que otros dicen que en cinco” (STR., III 4.19), colocando en pasado la afirmación previa de que “los celtíberos se dividen en cuatro partes” (STR., III 4.13). De entre las cuatro partes (*mere*), cita expresamente a los arévacos como los “más poderosos situados al Este y al Sur” y a los Lusones, ambos vecinos de las “fuentes del Tajo”. Polibio (XXXV 2), a su vez, identifica a arévacos, belos y titos como celtíberos. Podríamos pensar que belos y titos son los dos componentes restantes de las *mere* de Estrabón y que, en consecuencia, haya tomado esta antigua partición también del megalopolitano, aunque en este caso la identificación de Segeda como arévaca no estaría de acuerdo con Polibio, que la adscribe a los belos (aunque es posible que esta identificación sea anterior a la Segunda Guerra Celtibérica, lo que explicaría la asignación estraboniana). En el supuesto de que tales *mere* se correspondiesen con las *ethne* citadas tenemos ante nosotros dos hechos sobresalientes. En primer lugar, la existencia para Polibio de “dos Celtiberias”: una originaria, correspondiente a las etnias citadas; otra más amplia, y resultado de un proceso expansivo. Y, en segundo lugar, el reconocimiento de una base territorial definida para cada una de las identidades étnicas nombradas, que tienen un común denominador de sentirse celtíberos<sup>78</sup>. Es significativo, por aportar un dato más, que en el contexto de finales de la Segunda Guerra Púnica en Iberia, y cuando Escipión se enfrenta a una coalición indígena liderada por Indíbil, uno de los grupos aliados a éste serán los Celtíberos, aquellos que conviven con los iberos en los márgenes del Ebro (XI 31-32). Unos Celtíberos, igualmente, que servirán a las órdenes de Aníbal en Zama (XIV 8.9-10)

Otro fragmento polibiano (XXXIV 9.3) es bastante problemático. Es el referido a los “celtas” extremo occidentales que se civilizan por el “parentesco” (*suggeçneian*) con sus vecinos Turdetanos. En otro lugar Estrabón (III 3.5) nos puntualiza que los celtas del noroeste –vecinos de los ártabros- estaban emparentados (*suggenei=j*) con éstos del Anas como resultado de una campaña militar que hicieron junto a los túrdulos en aquella zona.

---

<sup>77</sup> Vid. Ciprés, *o.c.* n. 57, pp. 57-59.

<sup>78</sup> Ciprés, *a.c.* n. 62, pp.144-47.

Posteriormente Plinio (*nat.* 3.13) nos habla de que dichos *celtici* son originarios de los celtíberos, con los que comparten religión, nombre de ciudades y lengua; y Estrabón (III 2.15) nos aclara un elemento diferenciador con sus vecinos turdetanos: el vivir en “federaciones de aldeas” (ταὶ πόλῆαι γαῖρ κωμῆδοῖν ζω=σιν). En todo caso, tanto Polibio como Estrabón y Plinio están dejando constancia de un importante movimiento de poblaciones de características célticas, lo que coincide con las observaciones que hace el primero sobre su capacidad de extenderse y dominar a sus pueblos vecinos<sup>79</sup>. Si estos “celtas” polibianos son “celtíberos” –como lo son para Plinio- no está claro; que aquél les reconozca una cierta afinidad originaria, tampoco lo está. En todo caso, lo que sí es evidente para el megalopolitano es que su identidad le viene no tanto por su origen como por su parentesco con sus vecinos. Detrás del término *suggenei=j*, de nuevo, se esconde una afinidad histórica de naturaleza política, como de hecho nos habla Estrabón al matizar que será la “proximidad” (*geitniaζw*) la clave de su grado de civilidad.

En este punto, y con estos datos en la mano, ¿quiénes son los celtíberos?; ¿qué representan?; ¿cuáles pueden ser sus señas de identidad? Para Polibio la Celtiberia está habitada por un conjunto de *ethne* netamente diferenciados a las que les une tanto su capacidad expansiva interna como su oposición feroz a la presencia romana. Su notable grado de autonomía queda claro en las divergencias que se traslucen entre belos y titos, por un lado, y arévacos, por otro, cuando se presentan ante el Senado romano para reafirmar los acuerdos con Marco Claudio en el 153 a.C. (XXXV 2-3). Unas comunidades que conocen la vida urbana alrededor de núcleos importantes, pero que se agrupan mayoritariamente en torno a componentes de identidad etno-políticos cuando la situación así lo requiere, no sin tensiones y diferencias internas. De hecho, y aprovechándose de ello, el Senado romano en el momento citado no sólo explota las diferencias entre *ethne*, sino también previsiblemente entre comunidades cuando les hace pasar por “ciudades” a la sesión (XXXV 2.5). Estrabón nos dice que Polibio describe con cierta pormenorización todo un conjunto de pueblos y localidades, entre las que cita las ciudades de Segésama e Intercatia (STR., III 4.13 = POL. XXXIV 9.13). De hecho aquél (III 4.13) -recogiendo a Posidonio- critica al megalopolitano por exagerado al atribuirle a Tiberio Sempronio Graco la destrucción de “300 ciudades” celtibéricas en su campaña del 180-79 a.C., cuando eran simples baluartes defensivos. Es igualmente Estrabón el que matiza que la diferencia esencial entre los celtas del suroeste y los turdetanos estriba en que aquéllos vivían en “federaciones de aldeas”, y no en ciudades (STR., III 2.15). Es decir: será Estrabón –y no Polibio- el que minusvalore el componente urbano de la sociedad celtibérica y enfatice, por el contrario, algunos de rasgos poco civilizados en el pasado. Posiblemente Polibio establece más matices puesto que parece que los celtíberos obedecen a una iden-

---

<sup>79</sup> *Vid.* n. 74. Ya Estrabón aclararía que la presencia de los celtíberos en la península es resultado de un proceso migratorio (III 4.12) en el que llegan a dominar a los iberos (III 4.5). Para todo ello *vid.* Ciprés, a.c. n. 62, pp. 132-35.

tividad diversa: aquélla que se genera a partir de la guerra, en la que los grupos étnicos son el componente básico a partir del reconocimiento de una base territorial común; y, además, la que se deduce del lugar de habitación, que no necesariamente tiene que tener una correspondencia con la primera y que –por lo que se infiere de la estrategia senatorial comentada- es la nuclear.

No obstante, la ausencia de menciones a instituciones políticas comunes a los celtíberos y, por el contrario, su asociación con algún tipo de vínculo de identidad parental (suggenei=j □FLOR., *epit.*, 1.34; APP., *Hisp.*, 94-□ o militar (*socii* o suζmmaxoι □APP., *Hisp.*, 45-6; 48; 50; FLOR., *epit.*, 1.34,3-□ como grupo<sup>80</sup>, nos lleva a pensar que lo que los convierte en tales es ante todo su capacidad de articular en torno a ellos unos lazos de alianza y resistencia militar (claramente testimoniados durante el proceso de conquista), que descansarían sobre los grupos étnicos por encima del poder de los *oppida* cuando se tienen que enfrentar a un enemigo de envergadura como es Roma. El ejemplo de Marcelo exigiendo la sumisión de todos los arévacos, belos y titos tras la rendición de Nertobriga en el 152 a.C. es bastante elocuente. Este carácter guerrero de la sociedad celtibérica es puesto de manifiesto por todas las fuentes -incluida Polibio (XI 31.6; XIV 8.9-10; XXXV 1)- como un elemento casi estructural que alimenta su consideración genérica de bárbaros (a diferencia de los iberos). Es Polibio (XXXV 1) el que define su forma de hacer la guerra como “de fuego”, es decir, sin norma y sin descanso (*vid.* n. 44) lo que lo acerca más al modelo galo que al ibérico. Ello se explica en parte porque los celtíberos, al igual que los galos, se terminaron convirtiendo en un *topos* historiográfico sobre la tenacidad en la resistencia a Roma<sup>81</sup>. Sabemos, no obstante que, yendo más allá del estereotipo, éste constituye un aspecto importante que se refleja en su organización social, en su religión, etc.<sup>82</sup>. De todas maneras, que los *ethne* funcionaran para algunas cuestiones (en las que el control del territorio y/o la guerra serían las principales), no quiere decir que las ciudades no fueran el componente organizativo fundamental, tal como también recogería Polibio. Este estado incipiente de ordenación ciudadana debió favorecer la integración rápida en el modelo de organización mediterránea –tal como evidencian los documentos numismáticos y epigráficos-, lo que lleva a Estrabón (III 2.15; 4.20) a considerar al menos a los celtíberos orientales merecedores del calificativo de *togati* en la época en la que él escribe<sup>83</sup>.

---

<sup>80</sup> *Vid.* Ciprés, *o.c.* n. 57, pp. 61-2 y 66.

<sup>81</sup> G. Zecchini ("Hispania semper fidelis: il rapporto degli Spagnoli verso Roma in età imperiale", en: M. Sordi (ed.), *Autoconciencia e rappresentazione dei popoli nell'Antichità*, CISA 18, Milano 1992, pp. 267-8) plantea que pese a que Polibio elabora la primera “tradición etnográfica autóptica”, su imagen de lo hispano como guerrero viene a repetir un tópico ya presente en Tucídides (VI.90.3: los iberos maximwtaζtouj) y Aristóteles (*Polit.* 7.1324b: e)/qnoj polemiko;n).

<sup>82</sup> Para todo ello *vid.* Ciprés, *o.c.* n. 57, *passim* y G. Sopena, *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*, Zaragoza 1995.

<sup>83</sup> Para el proceso de integración en lo romano inmediatamente después de las guerras celtibéricas *vid.* F. Beltrán, “Romanización inicial en la Celtiberia: las inscripciones de Caminreal y Botorrita”, en: S. Reborada Morillo - P. López Barja (eds.), *A cidade e o mundo: Romanización e cambio Social (Actas do Cursos*

De hecho, y aunque la conservación fragmentaria también del Libro XXXV nos impide extraer conclusiones definitivas, al menos parece cierto que teniendo en cuenta la información de Estrabón, las costumbres más barbarizantes que éste destaca de los pueblos peninsulares deben adscribirse a los pueblos del norte, de reciente conquista por parte de Augusto, y no a los celtíberos, de los que resalta –una vez más- su capacidad de resistencia numantina (STR., III 4.13). No obstante, la serie de reflexiones que en este mismo apartado introduce sobre el primitivismo del país, al calor de la afirmación polibiana sobre la existencia de numerosas ciudades en la época de T. S. Graco, las atribuye explícitamente a Posidonio y no al megalopolitano. Así, como vimos, será de origen estraboniano también la afirmación de que los celtas del extremo occidente viven en “federaciones de aldeas”, no en ciudades<sup>84</sup>.

Como podemos observar, la descripción polibiana de la Celtiberia y lo celtibérico no difiere en sustancia del método usado para el caso de la Iberia costera: combina factores de tipo morfológico –como montañas y ríos, territoriales –aldeas y ciudades- y etnográficos –pueblos- a la hora de delinear y estructurar internamente el área, lo que es un método clásico en la geografía histórica griega. Pero es sobre todo la naturaleza histórica de un término lo que le da identidad a un territorio que, de otra forma, se presentaría notablemente fragmentado desde el punto de vista político: los Celtíberos, en tanto que un grupo de *ethne* que lideran la resistencia anti-romana, terminan por definir una región.

La Celtiberia y los celtíberos tienen sentido en Polibio en la medida que constituyen la mayor y más importante fuerza militar indígena con capacidad para extender su dominio a amplias zonas de la península y enfrentarse a Roma; serán los diferentes grupos étnicos –que pueden o no tener como común denominador su origen celta- el núcleo básico de su composición y de su fuerza militar en estos momentos. Pero, igualmente, la práctica habitual de la guerra en un conflicto duro y costoso, primero, y la labor homogeneizadora romana –que exige unidades administrativas más amplias-, después, va haciendo que el concepto de celtíbero y celtibérico se vaya imponiendo por encima de unidades menores, lo que ya es percibido por Polibio y refrendado por Estrabón cuando habla en pasado de esas partes y en presente de los celtíberos *togati*.

Finalmente, será posiblemente en el contexto de la guerra celtibérica -aunque con menos peso- cuando aparezca Lusitania, dejando de ser esa tierra sin nombre del momento anterior. De hecho, por Ateneo (VII 302e; 330e = POL. XXXIV 8), sabemos que Polibio nos habla de su riqueza vegetal y animal. No por casualidad destaca su fertilidad: como en el caso de la Galia Cisalpina su ‘geografía económica’ (desgraciadamente fragmentaria) es claramente contemporánea y asociada a los beneficios romanos a partir

---

*de Verán da Universidade de Vigo. Xinzo de Limia 3 ó 7 de xullo de 1995*), Xinzo de Limia 1996, pp. 125-145.

<sup>84</sup> F. Beltrán, "Parentesco y ciudad en la céltica hispana", *DHA* 18.2, 1992, pp. 189-220. Una síntesis de los pueblos prerromanos en el estado actual de los conocimientos y confrontándolo con Estrabón en J.J. Sayas, "Unidad en la diversidad: la visión de Estrabón de algunos pueblos peninsulares", en: G. Cruz Andreotti (coord.), *o.c.* n. 62, pp.153-208.

de la conquista<sup>85</sup>. Curiosamente, en dicho fragmento la incluye como parte de Iberia: si el texto es transmitido verazmente, aquí notamos un cambio de la noción polibiana de Iberia hacia una definición peninsular, identificable con la Hispania de los romanos, en un momento en el que éstos acometen la conquista de las partes más allá de las Columnas (XXXIV8.4). Precisamente Estrabón (III 3.3) hablando de la extensión de dicha zona nos dice que antes que él "algunos autores llaman lusitanos también a éstos [los calaicos]". Eso significa, como ya hemos manifestado en otro lugar<sup>86</sup>, que antaño el territorio abarcaba buena parte de la fachada atlántica occidental, cuando los lusitanos nuclearon en torno a sí la resistencia contra Roma. Quizás sea Polibio (¿vía Posidonio?) a quien se refiera Estrabón y, en todo caso, es una evidencia suficiente de lo que estamos diciendo: son las vicisitudes históricas las que determinan la dimensión y caracterización de los espacios, en este caso una Lusitania *maior* en pleno proceso de conquista -aquél que conoce Polibio- frente a una Lusitania *minor*, cuando tras las campañas de D. Bruto en el 138-7 a.C., *Callaecia* y los *callaeci* adquieren entidad separada a los ojos de Roma (STR., III 3.1 y 4.20), y donde un grupo de población termina por definir a una región<sup>87</sup>.

#### **4. A modo de epílogo: la geografía peninsular en el contexto de la revisión de la geografía occidental.**

La conservación fragmentaria del Libro XXXIV nos impide una valoración exacta de su papel en el conjunto de la obra polibiana y, dentro de ello, la función de la descripción de la geografía peninsular. No vamos a insistir en las distintas hipótesis sobre su contenido y función<sup>88</sup>, sino decir únicamente que si bien en él se proyecta la necesidad de nuestro autor de polemizar con toda la tradición precedente, sin los límites que ante-

---

<sup>85</sup> Cf. n. 46 *supra*.

<sup>86</sup> Ciprés, a.c. n. 64, p. 273 y o.c. n. 57, p. 71.

<sup>87</sup> Cf., no obstante, lo dicho en n. 22, *supra*. Sobre la incidencia activa de Roma en este proceso es muy sugerente el trabajo de G. Pereira Menaut, "La formación histórica de los pueblos del norte de Hispania. El caso de *Gallaecia* como paradigma", *Veleia* 1, 1984, pp. 271-278; ID., "*COGNATIO MAGILANCUM*. A propósito de la investigación sobre las sociedades indígenas del norte de Hispania", en: M<sup>a</sup>. C. González Rodríguez - J. Santos Yanguas (eds.), *Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica. (Revisiones de Historia Antigua I. Anejos de Veleia, Acta 1)*, Vitoria 1994, pp. 105-116. Para los lusitanos, J. Alarcão, "Etnografía da fachada Atlântica Ocidental da Península Ibérica", en: M. Almagro-Gorbea - G. Ruiz Zapatero (eds.), o.c. n. 61, pp. 339-345.

<sup>88</sup> P. Pédech, "La géographie de Polybe: structure et contenu du Livre XXXIV des *Histories*", *Les Ét.Cl.* 24.1, 1956, pp. 3-24 y Walbank, a.c. n. 38, pp. 155-182. Zecchini (a.c. n.10, p. 112) piensa que el citado Libro no es ni una introducción a la guerra celtibérica (comenzada en el 154 a.C.) ni a la tercera guerra púnica (iniciada en el 150 a.C.), sino una iniciativa de reordenación consciente de la geografía de tradición helenística fruto de su viaje por tierras ibéricas en el 152/51 a.C. (cf. Zecchini, a.c. n. 18). En todo caso, pensamos nosotros, si ello puede ser cierto en la parte más general del éste, no así cuando entra Polibio en la descripción de las tierras hispanas. Además, ¿por qué una cosa tiene que negar a la otra? Con todo, apunta una hipótesis muy interesante para su estructura (en pp. 121-3): comenzado el Libro por el debate de la fijación del recorrido de Odiseo por tierras sicilianas e itálicas (frente a Crates que lo colocaba en el extremo occidente), y funcionando el héroe homérico como *su* verdadero precedente mítico en el descubrimiento de occidente, desarrolla a continuación un verdadero periplo occidental desde Iberia hasta Libia, pasando por Galia e Italia, una vez que ha redelineado el cuadrante occidental del mapa mediterráneo.

riormente le imponía el relato político militar –lo que lo convierte en el libro geográfico por excelencia-, también sirve de engarce entre el proceso de conquista y el de consolidación del poder romano en Occidente con las guerras celtibéricas y la Tercera Guerra Púnica (esos problemas de los que hablaba en III 5.1), y para lo que una geografía pretendidamente autóptica tenía mucho que aportar. Por ello, ya sea como parte de la polémica geográfica, ya sea como introducción a la parte final de su obra, la descripción de Iberia y Libia ocuparían un lugar preferente.

Sin querer a repetir lo dicho anteriormente, es muy posible que nuestro autor hiciera una recapitulación de la geografía peninsular con los datos aportados anteriormente de manera dispersa y en la que, haciendo valer su experiencia viajera, expusiera de manera exhaustiva la revisión del mapa interior, con los elementos morfológicos, hidrográficos, étnico-políticos, urbanos y poblacionales más sobresalientes en el presente, así como introdujera algunos datos relativos a la riqueza, formas de vida, costumbres alimenticias y sexuales, culturales o religiosas, e incluso curiosidades varias, del conjunto de comunidades y regiones que conforman un suelo hispano ya dominado en parte por Roma. Una geografía que, como podemos observar en el fragmento conservado sobre la Lusitania (XXXIV 8), va más allá de lo que podíamos llamar una geografía de conquista para entrar de lleno en una geografía del conocimiento de todo lo que puede ser útil para la administración de los territorios recién adquiridos. Un ejemplo de ello, aunque en menor escala, lo tenemos desarrollado en el conocido excursus galo (II 14 ss.).

Pero para ello, y previamente, debe ajustar el mapa peninsular al conjunto de un mapa mediterráneo occidental que, por el curso de los acontecimientos, adquiere una proyección histórica sobresaliente. Es así la cartografía polibiana un paso previo de la definitiva integración de la Península Ibérica en la ecúmene política mediterránea, y a ello debería dedicar buena parte del contenido del citado Libro.

En primer lugar, y de acuerdo a la nueva realidad política marcada por la hegemonía romana, tiene que a resaltar la centralidad de la península italiana y Sicilia en el conjunto del mapa ecuménico en su vertiente occidental, articulado e torno a cinco penínsulas principales alrededor del Mediterráneo frente a las tres de Eratóstenes (XXXIV 7.11-12). Para ello, y siguiendo el sistema notablemente especulativo, intuitivo y simplificador de la cartografía helenística –pero amparándose en su experiencia personal y en datos de primera mano (XXXIV 5.12-4)-, rectifica el tamaño del cuadrante nor-occidental del rectángulo mediterráneo y las distancias entre las penínsulas itálicas e ibéricas con respecto al cuadrante nor-oriental heleno, en polémica directa con Dicearco y sobre todo con Eratóstenes, el primero que, siguiendo a Píteas, había cerrado el mapa hacia el oeste. Para Polibio ambos habían calculado la longitud de dicho cuadrante nor-occidental de manera en exceso especulativa e imprecisa y, sobre todo, con datos muy genéricos. Según el método tradicional de simplificación geométrica del espacio geográfico a partir de datos itinerarios, Polibio rectifica el paralelo habitual (Rodas; Estrecho de Mesina; Columnas de Heracles; Gades) para el cálculo de la longitud con la suma de las distancias resultantes del triángulo Estrecho de Mesina-Narbona-Columnas

de Heracles, mejor conocidas a partir de la guerra anibálica (*vid. fig. 2*). El resultado es una medición de dicho paralelo desde el estrecho de Mesina hasta las Columnas de unos 18.700 estadios, dos veces más de lo estipulado por Dicearco y poco más del doble de lo calculado por Eratóstenes. De esta manera logra la definitiva proyección de Italia hacia el centro mediterráneo y la Península Ibérica hacia occidente (todo en XXXIV 5-7). Como ya apuntamos, la figura básica para lograr la simplificación será un triángulo, como también lo son Sicilia e Italia (I 42; II 14 respectivamente)<sup>89</sup>. Si nos damos cuenta, como afirma Prontera, Polibio considera que las costas ibérica y tirrénica ejercen de verdadero eje de simetría de la parte africana y europea de todo el segmento occidental del ‘diagrama’, ajustándolo con los nuevos datos itinerarios que aporta la campaña anibálica desde Iberia a Italia y cambiando de perspectiva geo-estratégica de acuerdo a los nuevos tiempos y los nuevos conocimientos<sup>90</sup>.

Una vez aquí, y redimensionada la proyección de la Península Ibérica para el conjunto del cuadrante occidental, lo que ya es una novedad importante con respecto a lo anterior, y en polémica de nuevo con Píteas-Eratóstenes, tiene que reajustar el mapa peninsular. Con suma habilidad, y no menos soberbia intelectual, reafirma que hasta la fecha era imposible establecerlo con mayor exactitud dado el desconocimiento general que se tenía sobre estas zonas (XXXIV 5.12-14). Más adelante, le achacará a Eratóstenes la excesiva especulación y generalización cuando habla de unas tierras y unos pueblos más allá de las Columnas que nadie conocía, a no ser que se le diese crédito a Píteas (XXXIV 7.6 ss.). Es éste el blanco principal de sus críticas (XXXIV 5), precisamente por ser una fuente de notable prestigio en determinados círculos que valoraban muy positivamente su investigación personal de las costas atlánticas hasta la actual Inglaterra o más al norte inclusive. Para Polibio, por tanto, únicamente las informaciones de procedencia directa durante o inmediatamente después de la conquista romana tienen un valor considerable, pues el acceso a dichas tierras -sobre todo las de interior- está expedito para investigadores que como él quieran viajar sin dificultad: de nuevo la autopsia sobre occidente depositada casualmente sobre su esfuerzo personal es un elemento de veracidad indiscutible<sup>91</sup>.

En la breve delineación de la costa mediterránea que hace en III 39 elige, como no podía ser de otro modo, una serie de puntos costeros (paraλιοι) sobresalientes para marcar las distancias parciales (en días de marcha o en estadios), ya sea de carácter natural (Columnas; Ebro; Pirineos) o estratégico-político (Cartago Nova; Emporion), y cuya línea proyectará a posteriori sobre el mapa del conjunto. Dicha delineación, por otro

---

<sup>89</sup> *Vid. n. 9 supra.*

<sup>90</sup> F. Prontera, “Note sul Mediterraneo occidentale nella cartografia ellenistica”, en: M. Khanoussi - P. Ruggeri - C. Vismara (eds.), *L’Africa Romana. Atti dell’XI convegno di studio. Cartagine, 15-18 dicembre 1994*, Ozieri 1996, especialmente 339-41; ID., “Immagini dell’Italia nella geografia antica da Eratostene a Tolomeo”, *Riv. Geogr. Ital. Annata del Centenario* 100, 1993, pp. 39-42 y 45-46; y recientemente, ID. “Sulle basi empiriche della cartografia greca”, *Sileno* XXIII 1-2, 1997, pp. 49-63.

<sup>91</sup> *Vid. Gómez Espelósín, o.c. n. 11.*

lado, coincide en buena medida con el camino de Aníbal hacia Italia y con los movimientos de tropas romanas en la costa mediterránea en los primeros momentos de la guerra. Todo ello le lleva a modificar la medida aportada por Eratóstenes, y comúnmente aceptada, en casi 2000 estadios: de 6000 pasa a casi 8000 (III 39; XXXIV 7) (*vid. fig. 3*)<sup>92</sup>.

Al igual que éste, los Pirineos siguen siendo la frontera de esta península occidental "ubicada sobre las Columnas de Heracles", donde Tajo es el río que la cruza transversalmente y que sirve para señalar su longitud, calculando su recorrido total en línea recta desde su desembocadura hasta los Pirineos en unos 9000 estadios aproximadamente (*vid. X 39.8; 40.11-12*). Éste también era un dato conocido y puesto de relieve por Píteas-Eratóstenes. Teniendo en cuenta que para él el trayecto entre las Columnas y los Pirineos era mayor del estipulado por Eratóstenes, el alargamiento longitudinal del Tajo era inevitable. Si a ello le sumamos la distancia entre las Columnas y el Cabo Sagrado -1000 estadios aproximadamente- el resultado es una imagen alargada de Iberia prácticamente con un eje longitudinal de NE a SW, con el Cabo Sagrado como extremo más occidental (a diferencia de lo estipulado por Píteas-Eratóstenes que lo consideran el Cabo de la Roca), los Pirineos de norte a sur, y tres grandes cabos como promontorios más sobresalientes: las Columnas, el cabo Sagrado y el de la Roca, en la desembocadura del Tajo. Posiblemente, el trazo septentrional sería de mayor longitud que la estipulada por Eratóstenes (6000 estadios). Latitudes parciales se deducen, además, de las distancias de 900 estadios entre otros dos ríos: el Anas y el Betis, que también atraviesan longitudinalmente el interior peninsular (XXXIV 9.12). Paradójicamente, mientras que el Ebro tiene históricamente un papel esencial, no es así cuando se trata de delinear el interior peninsular: en ningún momento se nos dice su longitud, posiblemente porque significa un eje de ruptura en relación al alargamiento generalizado de la península. Completa el cuadro la referencia a las escasas montañas interiores –la Oróspeda y la Idúbeda- que sirven como límites para enmarcar todo el interior peninsular nucleado en torno a la Celtiberia y la Lusitania (*vid. fig. 3*).

Como era habitual en la geografía helenística, las mayores dificultades las va a encontrar a la hora de describir todo el interior peninsular, puesto que si los grupos étnicos son los elementos fundamentales, las circunstancias históricas cambiantes y sus propia movilidad le dificultarán el empeño. En este sentido, el papel de los Celtíberos o de los Lusitanos es paradigmático. El propio concepto de celtíbero y Celtiberia, al igual que de lusitano y Lusitania, como entidades supra-étnicas le permiten concretar realidades políticas asimilables por su amplitud y cohesión, y, por ello, fijar sus "partes" etno-políticas: entre el nacimiento del Tajo, la Oróspeda y la Idúbeda, con los ilergetes como frontera en torno al Ebro para la Celtiberia; o la desembocadura del Tajo y extremo septentrión respectivamente para la Lusitania (*vid. POL. III 17.2; X 7.3-5; STR., III 4. 12, 13 y 19*) (*Vid. figs. 1 y 3*).

---

<sup>92</sup> *Vid. n. 90.*

A continuación posiblemente Polibio pasaría a describir toda esta etnografía autóptica con la que polemiza Estrabón, sobre todo para las poblaciones “bárbaras” del centro peninsular. Es de destacar, como puede deducirse de lo dicho en páginas anteriores, que lo que la caracteriza es el estar poco sujeta a los estereotipos al uso del bárbaro y, por el contrario, estar más determinada por un conocimiento más directo y un punto de vista histórico, siendo sensible a los condicionamientos históricos y del medio<sup>93</sup>. La polémica sobre el grado de urbanismo de la Celtiberia o las relaciones entre Turdetanos y Túrdulos así lo indican. Previsiblemente, serían los factores de proximidad, relaciones y expansión de pueblos pacífica o violentamente las claves que usaría Polibio a la hora de caracterizar a las distintas comunidades, agrupadas en ciudades o *ethne* de la mayor envergadura posible a las que le reconocería, como en el caso de los celtíberos o los iberos, elementos comunes a pesar de las diferencias internas, y donde los comportamientos, las actitudes y los valores dependen en gran medida de las circunstancias en las que se encuentren. Aunque tenemos pocos datos, cabe pensar que Polibio no sólo reconoce en las poblaciones peninsulares a la guerra, el botín y las rapiña como actividades fundamentales. Una etnografía heterogénea y compleja, alejada de cualquier intento de simplificación radical, que contrasta, en parte, con los pocos datos que conservamos de descripción de las riquezas de los lugares. Aquí, como en el caso de la descripción de la llanura padana (II 15), se impone un modelo descriptivo destinado a las ventajas que puede obtener Roma de la explotación de unos territorios de tan difícil y costosa conquista: véase si no el caso de la descripción de las minas de Cartagena (XXXIV 9.8-11) o del vergel lusitano (XXXIV 8), en ambos casos con una exposición que se puede calificar de exagerada en cuanto al grado de productividad y riqueza.

No queremos caer tampoco en la exaltación excesiva, ni en el orgullo intelectual del megalopolitano, como si hubiéramos descubierto con Polibio la clave del cambio habido en la visión de la Península Ibérica a partir del siglo II a.C., desgraciadamente intuido que no confirmado dado el grado de conservación de la parte más substancial de su obra en lo que a las tierras hispanas se refiere. Simplemente cabe decir que con él nuestro suelo se aleja definitivamente del campo del mito o la leyenda, por más que la idea de la Iberia paradisíaca y extrema permanezca como topos, y se inscribe como un espacio político diferenciado en el marco de una ecúmene mediterránea. Ese proceso, por otro lado, será magistralmente descrito por Estrabón en el Libro III de su *Geografía*, que captará el conjunto de intuiciones polibianas para hacerlas realidad (con el filtro de dos siglos de romanización) en una obra que reconozca la especificidad geográfica de la península. A diferencia de aquél, su punto de vista –no falto de riqueza analítica– será más homogéneo y uniformador<sup>94</sup>. En cambio, del carácter dinámico de la descripción polibiana cabe

---

<sup>93</sup> Ya Pédech, *o.c.* n. 5, pp. 580-81.

<sup>94</sup> *Vid.* nuestro “Romanización y paisaje en la geografía antigua. El ejemplo hispano”, en: S. Reboreda Morillo - P. López Barja (eds.), *o.c.* n. 83, pp. 53-64.

deducirse una realidad más cambiante y cercana a las convulsas situaciones internas de las comunidades indígenas en los momentos de la conquista que son las que van construyendo un espacio político finalmente peninsular

Fig. 1 Mapa de Iberia (de P. Ciprés, en G. Cruz Andreotti, coord., *Estrabón e Iberia: Nuevas perspectivas de estudio*, Málaga, 1999, p. 211)



Fig. 2 Esquema de la delimitación cartográfica del mediterráneo occidental y central según Polibio (en P. Pédech, *La méthode historique de Polybe*, Paris, 1964, p. 593)

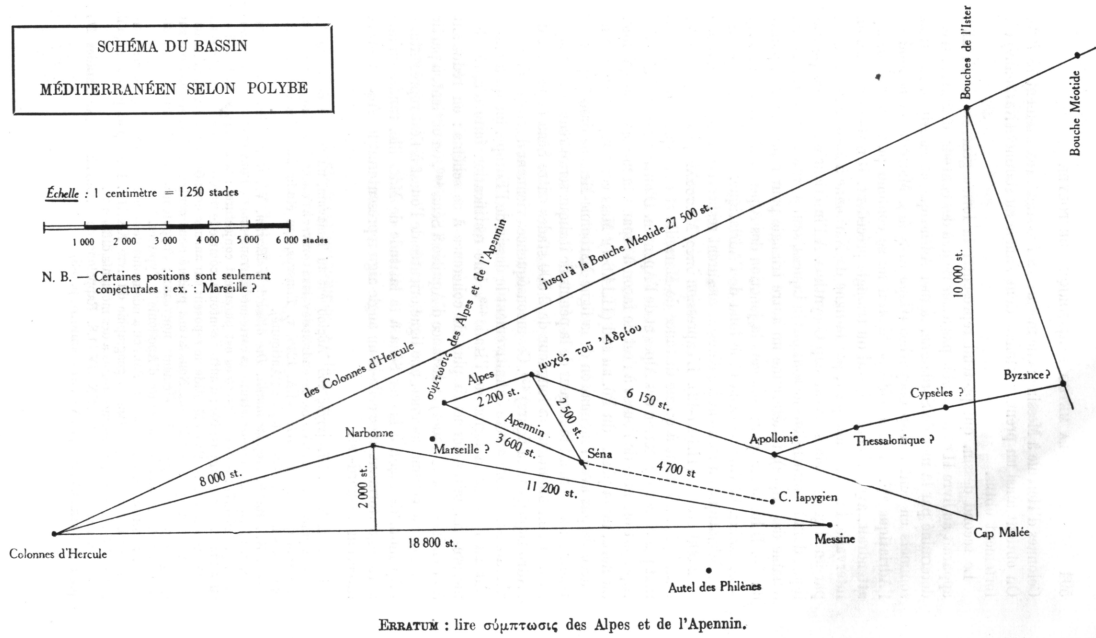
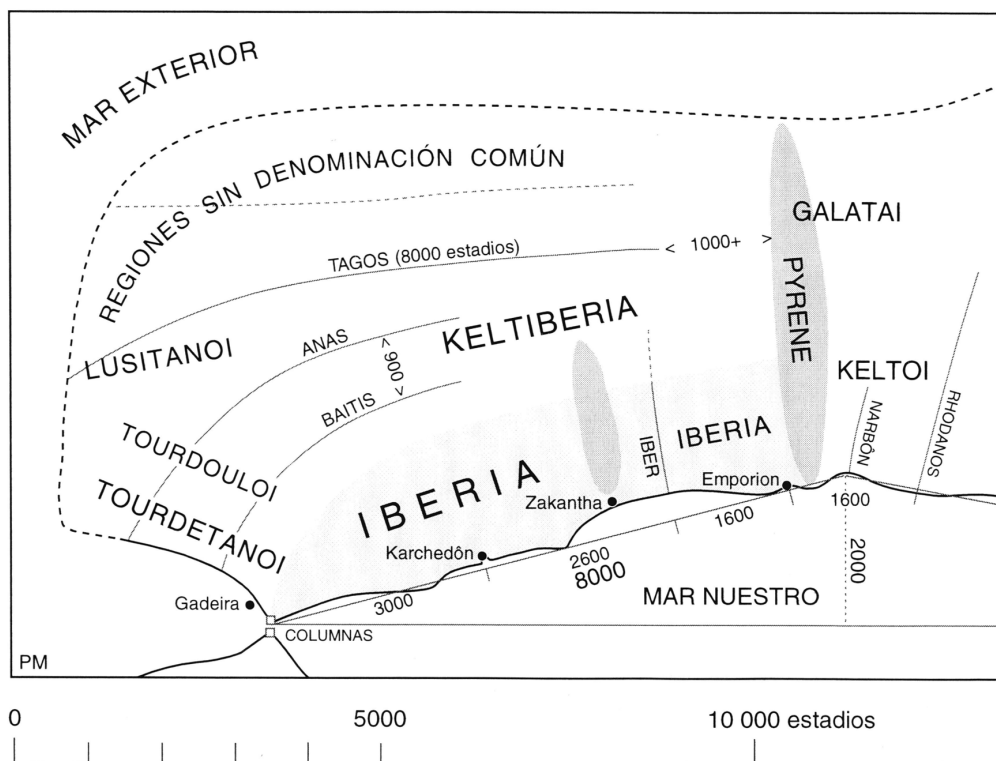


Fig. 3 La Iberia polibiana (según P. Moret, en este mismo volumen).



Fuente: P. Moret (2003)

Figura 1